AMÉLIE NOTHOMB

Psicopompo

Traducción de Sergi Pàmies



ANAGRAMA
Panorama de narrativas

Índice

Portada
Psicopompo
Notas
Créditos

El vendedor de telas vio pasar una bandada de grullas blancas. Asombrado por su belleza, pensó que le encantaría descubrir un tejido comparable al esplendor de su plumaje.

A la vuelta, de nuevo en su tienda, recibió la visita de una misteriosa clienta. Era una joven de insólita belleza. Su pelo, largo y negro, era liso; su piel, de una blancura deslumbrante; en el centro de los labios, ese trazo rojo que indica un alto linaje. Las mangas de su kimono, que llegaban hasta el suelo, confirmaban su nobleza. El vestido en cuestión lucía el exclusivo blanco de las familias de alta alcurnia.

La joven no parecía decidirse por ningún artículo en concreto. El vendedor se ofreció a ayudarla. Con una voz extrañamente suave, ella acabó diciendo:

–Cásese conmigo.

Atónito, el vendedor intentó averiguar más. ¿Quién era? ¿Por qué quería casarse con él? Ella mantuvo un obstinado silencio.

Finalmente, el hombre pensó que sería absurdo rechazar una oferta tan halagadora y, aunque no entendía nada, se casó con la joven.

La boda transcurrió sin problemas. La pareja inició su vida en común con serenidad. Todo iba bien.

Unos días después, la joven habló:

–No le ofrecí ningún regalo de boda ni dote. Si me facilita un taller en el que pueda estar sola, le tejeré una tela maravillosa, con la condición de que nadie, ni siquiera usted, venga a verme allí.

El marido aceptó. Varias horas al día, la joven se aislaba en aquel taller, y al cabo de una semana, muy debilitada por el trabajo, le regaló a su marido una tela como no se había visto jamás, de un material indefinible, tan bello y precioso que te dejaba sin aliento.

–¿Qué es? ¿Cómo lo ha hecho? –preguntó sin poder evitarlo.

Ella bajó la mirada y no respondió.

–¿Me da permiso para venderla?

–Es suya, no hace falta que me consulte.

El vendedor no tardó en encontrar comprador para aquel tejido, y obtuvo por él un precio desorbitado.

Pasaron las semanas. Muchos clientes acudían a la tienda buscando la fabulosa tela de la que habían oído hablar.

El marido le pidió a su esposa que repitiera aquel milagro. Ella se aisló en el taller durante una semana y luego, pálida y demacrada, le entregó una tela tan suntuosa como la anterior.

Él la vendió al doble de precio que la primera vez, y se tiraba de los pelos: si lo hubiera multiplicado por diez, la habría vendido igual de rápido. Le pidió a su esposa que confeccionara de nuevo su especialidad.

Ella no se negó en ningún momento, aunque saltaba a la vista que su salud se iba resintiendo. El marido se dio cuenta, pero la codicia le pudo. Ahora la gente acudía en masa a su tienda, todo el mundo quería una tela única.

Pronto, la joven esposa ya no salía del taller. Día y noche intentaba cumplir los plazos infernales que le exigía su marido, y se la veía cada vez más demacrada. La mujer perdió su juventud y su belleza, su piel se volvió cetrina, el pelo sin brillo, sus ojos se apagaron. El marido se preocupó, pero no fue capaz de reaccionar. Para no sentirse culpable, redujo la demanda.

Al cabo de unos meses, su esposa cayó enferma. No por ello dejó de trabajar. El vendedor la oía toser. Su conciencia lo torturaba. «Si me dejase entrar en su taller, podría ayudarla», pensó. Pero, si hubiera sido sincero consigo mismo, se habría confesado que quería descubrir sus secretos de fabricación antes de la muerte inminente.

Incapaz de soportarlo más, irrumpió en el taller secreto y lo que vio lo dejó petrificado: una soberbia grulla blanca se iba arrancando con el pico las plumas y el plumón, que empezaban a escasear trágicamente, y los introducía en el telar. Sufría tanto que se le escapaban gemidos, y disimulaba el sonido con una tos humana.

Al descubrir al mirón de su marido, la grulla chilló de terror y salió

volando al instante por la puerta abierta. Desesperado, el marido se consoló pensando que, pese a su delicada salud, la mujer pájaro habría logrado llegar a las montañas.

Cogió el trozo de tela inacabado y observó con satisfacción que era invendible. ¿Por qué había necesitado llegar a tales extremos para darse cuenta de que algunas cosas no tienen precio?

Colocó la preciosa tela en su tokonoma y se maldijo por su vulgaridad.

Nishio-san me contaba este cuento tradicional japonés cuando tenía yo cuatro años. Su crueldad me provocaba un terror voluptuoso. Me encantaba el contraste entre la cobardía del vendedor y la nobleza sacrificial de la esposa.

No me preguntaba si la historia tenía moraleja, pero lo que percibía inconscientemente era que el pájaro le había revelado al hombre su ruindad.

Me habría encantado ver grullas. Por desgracia, era un ave rara incluso en Japón. Cometí el error de no interesarme por los gorriones del jardín, que se me antojaban comunes y corrientes.

A la edad de cinco años me sacaron de Japón. A mi padre lo destinaron a Pekín, algo que, en 1972, no era motivo de alegría.

Recuerdo mi primer despertar en China. Era verano y, por más que aguzaba el oído, me faltaba algo. Me resultó difícil identificar la naturaleza de aquella carencia. Se trataba del canto de los pájaros.

Ciertamente, el gueto de Sanlitun estaba en el centro de la ciudad y tenía pocos árboles. Sin embargo, hemos visto pájaros acostumbrarse a semejantes condiciones; hemos visto pájaros acostumbrarse a todo.

Pero Mao había lanzado una de sus principales operaciones, que consistía en responsabilizar a las aves de las hambrunas y otras molestias. Cada chino tenía que masacrar a todos los pájaros que se le pusieran por delante e incluso a los que no. Dicha acción fue un éxito tanto más considerable por cuanto quien presentaba más

despojos aviares ante el Comisario del Pueblo recibía elogios y favores.

Muy pronto China se convirtió en un desierto de pájaros. El Gran Timonel tardó mucho en darse cuenta de las nefastas consecuencias de semejante desaparición para la ecología y la economía del país. ¿Y cómo proclamar que se había equivocado?

El único pájaro que no había abandonado completamente Pekín era el cuervo. No proliferaba, pero reinaba. Su extraordinaria inteligencia le permitía frustrar las artimañas de la población. Aun así, tenía que sufrir una situación que le privaba de los gorriones, de los que obtenía parte de su sustento.

El cuervo es un animal magnífico. Por desgracia, su canto no está a la altura de su plumaje. Cuando el oído espera un trino y oye un graznido, uno se lleva una decepción.

No obstante, agradecí su presencia, que daba la oportunidad de mirar más alto. Continuaba siendo un profesor de distinción en China. Su rareza debía de ser la causa de que sus enseñanzas fueran tan poco escuchadas.

En aquella época, las autoridades castigaban cualquier forma de refinamiento. La simple educación se percibía como contrarrevolucionaria. Era una carrera por ver quién escupía y eructaba más fuerte.

Echaba tremendamente de menos a Nishiosan. Intentaba repetirme el cuento de la grulla blanca con sus palabras. Notaba que el japonés se iba evaporando de mi memoria y me dolía. ¿Por qué era incapaz de retener el idioma de quien amaba?

Con la desaparición del japonés, desapareció la distinción. El habla del ama de llaves china era tan dura y desagradable como el graznido de un cuervo. Recordaba que la dulce delicadeza de las palabras de Nishio-san era similar al canto del gorrión.

Intenté imaginarme la grulla blanca en Pekín. Habría huido asustada ante los deseos de una población cazadora. Eso no hizo más que agravar mi nostalgia nipona.

Tres años después, destinaron a mi padre a la ONU. Cambiamos Pekín por Nueva York. No se puede concebir un contraste más absoluto.

Nueva York rebosa de pájaros. Palomas, gorriones, gaviotas. En Central Park, hay pajarillos de todo tipo. Cuervos también, pero no es lo único. Viví aquel reencuentro como una resurrección.

Cada fin de semana íbamos a una cabaña en lo más profundo del bosque, al norte del estado de Nueva York, en un lugar agreste como pocos. La población de aves abundaba. Los arrendajos, los mirlos, los famosos sinsontes, los cardenales, los escribanos del Hudson..., solo tenía ojos para el cielo.

Redescubrí la euforia de despertarme con el día y quedarme en la cama para escuchar el canto de los pájaros. Felicidad inefable de ir identificándolos poco a poco, como harías con los instrumentos de una orquesta. Alegría de sentir el alborozo de aquella música y dejar que se apodere de ti. ¿Quién puede resistirse a esta impregnación, incluso inconscientemente? Carecía de defensa inmunológica contra semejante belleza.

Como mi madre me prohibía salir de la cama antes de las siete, la contemplación auditiva se convirtió en mi actividad matutina. Imposible acostumbrarse a un proceso tan variable: cada amanecer era el primero. Las estaciones no eran más que un parámetro entre tantos.

No tardé en darme cuenta de una maravillosa obviedad: que los pájaros son individuos. Decir que el petirrojo canta bien es tan estúpido como decir que el hombre canta bien. Escuchando con atención, distinguía qué petirrojo tenía talento. Y no era solo cuestión del ejemplar. Del mismo modo que los mejores cantantes de ópera pueden no encontrarse en su mejor momento por mil razones, a un petirrojo le puede fallar el talento un día concreto o en un momento dado.

En invierno tenía que esperar más tiempo a que empezara el concierto, que entonces se limitaba a unos pocos solos. Eran las actuaciones más conmovedoras. La canción de la mañana de invierno huía de la invitación amorosa: era una canción de supervivencia. Aquel mirlo aterido de frío inventaba una belleza superior para distraer del sufrimiento a sus sentidos. Cantar para domar el hielo, ¡qué heroísmo!

Mucho más tarde, cuando escuché la famosa melodía de «El genio

del frío», me pregunté si Purcell se habría inspirado en aquella práctica invernal de los pájaros. Y cuando yo misma me pongo a temblar sin remisión, trato de cantar para superarlo. ¿Hace falta decir que el resultado deja mucho que desear?

Reconocer la gélida elegía desde las profundidades de la cama era una invitación a disfrutar aún más del calor de las mantas. Sin embargo, identificar la voz de un cardenal y no poder correr a la ventana para admirarlo era un suplicio. Tenía que imaginar el brillo rojizo de su plumaje. Boris Vian inventó el pianocóctel, yo creé el pianocromo. Un sonido determinado activaba un color determinado. La traducción cromática pocos segundos antes de la salida del sol podía ser muy sutil. Eran matices que se percibían en la oscuridad.

Por entonces yo dormía con mi hermana, que tenía el sueño ligero: no podía abrir la cortina sin que se diera cuenta. Nuestros padres dormían en la habitación de al lado, el tabique era muy fino y ningún ruido pasaba desapercibido. Respetar el silencio tenía la ventaja de desarrollar la agudeza auditiva. Algunas madrugadas me parecía oír la voz ronca de un herrerillo común.

Junto a mi cama, el despertador era objeto de una vigilancia enfermiza. Me levantaba a las siete en punto y, de puntillas, salía de la habitación. En el salón, trotaba hasta la ventana, levantaba la persiana e interrogaba con la mirada a las ramas de los árboles que nos rodeaban. En invierno, todo estaba oscuro y no podía distinguir nada. Con la nariz pegada al cristal, esperaba a que amaneciese. La reverberación de la blancura permitía ver con claridad más temprano. Conozco pocas emociones más vívidas que la epifanía del cardenal sobre un fondo de ramas nevadas. No tenía nada que envidiarle a la bandera japonesa. Ver aparecer uno a uno a los concertistas del amanecer me obsesionaba.

Luego me tocaba preparar el café, tarea que me habían asignado recientemente y que me tomaba muy en serio. No teníamos ni cafetera italiana ni cafetera eléctrica. Así que recurría al viejo método del filtro de papel. Mi madre me había enseñado que cuanto más despacio echabas el agua, más fuerte quedaba el café. Así que vertía el agua con una lentitud exasperante. Sin problema, tenía todo el tiempo del mundo. Agarrar el cucharón y, gota a gota,

vaciarlo sobre el polvo era para mí un deporte. Quería batir todos los récords de lentitud.

Entonces, cuando mi padre se levantaba, yo le llevaba una taza de mi elixir, él le daba apenas un sorbo y exclamaba: «¡Reconozco tu café, solo tú eres capaz de hacerlo así de fuerte!». Para mí su tono de aprobación equivalía a una distinción militar, así que sacaba pecho por adelantado.

Ser la vestal del café desviaba mi atención de los pájaros. En cuanto salía a jugar, me alegraba de reencontrarme con ellos, pero tenía otros mil intereses, como comprobar si el arroyo seguía fluyendo o patinar en el lago. Ser niño conlleva ofrecerle tu adoración absoluta a una actividad con una sinceridad sin límites y luego perder el interés por ella hasta el día siguiente.

El domingo por la tarde regresábamos a Nueva York. Varias tardes por semana, mi padre nos organizaba salidas, nos llevaba a ver ballets. Para mí, *El lago de los cisnes* era un título genérico: incluso cuando el ballet se titulaba *Giselle* o *Coppélia*, lo interpretaba como un capítulo más de este asunto de los pájaros. Desarrollé enseguida una loca pasión por aquellos espectáculos de aves y decidí que me convertiría en primera bailarina. Me matriculé en clases de baile, donde demostré muy poco talento, aunque eso no cambió para nada mi convicción de que lo lograría.

De todos los animales de la prehistoria, el dinosaurio era el que menos habríamos esperado ver volar algún día. Y, sin embargo, fue el dinosaurio quien lo consiguió, aunque, eso sí, tras una interminable y peligrosa evolución. Si él había sido capaz, ¿por qué no iba a serlo yo?

Consciente de que no disponía de millones de años, decidí saltarme etapas. Como la profesora me había prohibido las puntas por ser principiante, hice cola en la salida de artistas del New York City Ballet y le salté al cuello a mi musa, Suzanne Farrell, que entonces era la primera bailarina. Le pregunté si podía comprarle sus zapatillas y, en un arrebato de cariño, se las regaló, autografiadas, a aquella chiquilla de ocho años.

Resultó que la bailarina adulta calzaba la misma talla de pie que yo, tal vez de tanto haberlos sometido a tortura. Me puse las

zapatillas y no volví a caminar si no era sobre las puntas. En la escuela, en el autobús, en casa, nadie me volvió a ver de otra manera.

Lo viví como un preludio muy convincente al despegue. Caminar en puntas alteraba considerablemente la distribución de la gravedad. Cuando nadie me miraba, braceaba, planteándome ya la posibilidad de abandonar el suelo. Delante de otros, intentaba el famoso *grand jeté en avant* que Nijinsky había revolucionado en *El espectro de la rosa* de Diághilev. Los espectadores creyeron que el bailarín iba a salir volando.

Así como el Vaticano es el peor enemigo de la santidad, fue la profesora de ballet la que, al observar mi comportamiento, advirtió a mis padres que estaba poniendo en serio peligro mi crecimiento y mi integridad física. Me confiscaron las zapatillas y volví a caminar de nuevo por el suelo.

Y obró la gracia de la infancia. En lugar de desanimarme, pasé a otra cosa sin renunciar a nada.

A los once años llegué a Bangladés, donde mi padre fue nombrado embajador. El contraste Nueva York-Daca estaba a la altura del de Pekín y Nueva York.

En Bangladés reinaba la muerte, causada por el hambre, las enfermedades y las distintas variantes de la pobreza. Desde el aeropuerto vi gran cantidad de buitres y de cornejas cenicientas.

Vivíamos en una especie de búnker rodeado por un jardincito. Había árboles y, por tanto, había pájaros. Llegué a conocerlos.

Daca, al igual que todo Bangladés, estaba atravesada de agua, ya fuera el Ganges o uno de sus afluentes. Además de los pájaros devoradores de cadáveres, también había pájaros de río, como el martín pescador, que proliferaba incluso en la ciudad. Ver irrumpir sus colores chillones en las zonas devastadas producía un inquietante placer.

En el jardín descubrí la alondra nuquirrufa, el bengalí rojo y la

golondrina india. Una de las pocas cosas en las que estos paseriformes se diferencian de sus homólogos occidentales es en que no migran. ¿Por qué van a abandonar un país donde, en invierno, la temperatura nunca baja de los veinte grados?

En lo que respecta a mi vida, he llegado a un episodio que me sume en la perplejidad más absoluta. Como la mayoría de personas, he tenido momentos que podríamos catalogar de despertar. No llegaba al satori, por supuesto, pero sí al kensho: un despertar que, sin ser definitivo, separa el tiempo en un antes y un después. Por definición, esta clase de momentos se recuerdan: sobre todo yo, que no carezco de memoria para este tipo de revelaciones.

Sin embargo, no conservo recuerdos de este despertar. Tal vez porque los síntomas fueron de una banalidad indescriptible: con la frente pegada a la ventana, observando los pájaros en el jardín. Estoy extrapolando, ya que el momento se me escapó. Aun así, hubo un antes y un después: me pareció que el pájaro era la clave de mi existencia.

Hasta entonces me había apasionado la especie aviar. En adelante iría más allá: el pájaro sería mi misterio. No tenía explicación.

La magia obró de inmediato. El pájaro se convirtió en algo permanente en mí. Todo sucedió como si de repente hubiera adquirido visión lateral. Lo viví como una revolución: ver el mundo desde los lados era tan nuevo para mí que no había nada que decir al respecto.

Además, ¿cómo no advertir a quienes me rodeaban de que me había sucedido algo tan perturbador? ¿Cómo ponerle nombre? Las palabras que se me ocurrían eran ridículas. Sabía que acababa de pasar a otra dimensión.

En la mesa declaré:

–He descubierto los pájaros.

Nadie prestó atención a semejante estupidez, excepto mi padre, que preguntó:

–¿Por qué?

Como si me hubieran desplumado.

–¿Porque el pájaro simboliza la libertad? –tanteó.

–Por eso –respondí.

Mi padre asintió con seriedad.

Yo era consciente de que no era eso lo que sentía. Si el pájaro simbolizaba la libertad, tenía que ser un error. No debía ser tan libre como la gente se figuraba. Y, sobre todo, no era la causa de mi metamorfosis. Aquello seguía siendo un misterio para mí.

Ansiaba la libertad, sin duda, pero mi instinto me decía que no era lo que yo imaginaba. El pájaro en vuelo transmite una poderosa imagen de libertad, pero esta libertad debió de conquistarla a costa de terribles esfuerzos.

Cuando Martha Argerich interpreta a Chopin, también transmite una poderosa imagen de libertad. Su expresión de alegría parece confirmarlo. ¿Hace falta recordar los años de práctica ingrata que necesitó para alcanzar este nivel?

Cada año, cuando aprenden a volar, los padres pierden una proporción considerable de sus polluelos. El vuelo sigue siendo una empresa capital que se logra a costa de la vida. Una vez lo consigues, hay que mantenerlo. Ni hablar de pasarse un día sin volar. La musculatura que requiere dicha actividad necesita un entrenamiento intensivo en el que no puedes permitirte el lujo de relajarte.

Volar también exige una enorme cantidad de combustible. La expresión «comer como un pajarito» es el colmo del sinsentido. Cada día, el pájaro debe comer tres veces el equivalente a su peso si quiere volar todo lo que necesita. Debe buscar dosis colosales de comida desde la mañana hasta la noche. Imaginad si cada uno de nosotros tuviera que comprar tres veces su peso en alimentos al día, nos pasaríamos la vida en el supermercado. Si fuera este nuestro destino, está claro que no nos consideraríamos libres.

Al menos la respuesta de mi padre me proporcionó un pretexto honorable. Mi obsesión por las aves fue interpretada en términos de búsqueda libertaria. Oí cómo le decía a mi madre que haber vivido en países dictatoriales como la China popular debía de haberme abierto los ojos desde muy temprano sobre la privación de libertad que soportan tantas personas.

Nada más lejos de mi intención que minimizar el horror de la China de Mao. Sin embargo, doy fe de que mi nueva obsesión no

guardaba relación con ello. Empecé a observar pájaros por todas partes, incluidos los libros. El atlas de aves de Larousse, que me sabía de memoria desde hacía mucho, lo consultaba diez veces al día. No tenía nada más que enseñarme, pero necesitaba contemplar ciertas especies.

En Navidad recibí la *Guía de las aves de Europa* publicada por Bordas. Mi hermano se burló:

–Los pájaros de Europa, ¡eso no te sirve de nada! No son los que ves aquí.

Se equivocaba. El regalo me encantó. Si mis padres me hubieran regalado una guía sobre las aves antárticas, mi entusiasmo habría sido exactamente el mismo. No tuve necesidad de verificar las criaturas que me rodeaban, aunque habría experimentado un placer redoblado al ver confirmadas mis observaciones por los conocimientos de ilustres predecesores.

Me veía obligada a fijarme en los pájaros. A tomar nota de su existencia. Era infinitamente más importante que catalogarlos, aunque esa operación no careciera de encanto.

Observar los pájaros resultó ser algo metafísico para mí. Se nos brindaba la oportunidad de codearnos a diario con un reino fascinante: no dedicarle toda mi atención me resultaba inconcebible. ¿Qué sentido tiene soñar con ángeles y quimeras cuando realmente existe una criatura más allá de nuestro entendimiento? El más deslumbrante de los serafines es menos hermoso que el más humilde de los acentores.

Escribo estas consideraciones hoy; habría sido incapaz de formularlas en su momento. Sin embargo, a los once años yo era una criatura de lenguaje, como la mayoría de los niños. Esa nueva obsesión supuso mi primera incursión en lo no verbal. No podía comentar, ni siquiera una sola palabra, el universo aviar. No podía hablar conmigo misma sobre aquello. Hasta entonces, mis intereses

siempre se habían incorporado a lo que llamaba *historia*: la narración ininterrumpida que me contaba en secreto.

Probablemente por eso se me escapó el despertar a este mundo. Acostumbrada a contarme las aventuras de mi propia existencia, me encontré en una situación en la que las palabras no se acercaban a la percepción. Descubrir las aves fue descubrir el asombro.

Fue tan poderoso que aún me resulta difícil expresar aquel trastorno a través del lenguaje. Hace millones de años, un dinosaurio desarrolló el delirante deseo de volar. Aquel paquidermo puso en marcha un proceso demencial para llevar a cabo un sueño improbable. Fuera cual fuera su inteligencia, debió intuir que incluso en el caso de que sucediese algún día, le costaría tanto tiempo que ni él ni sus hijos ni sus bisnietos se beneficiarían de ello.

¿Somos conscientes acaso de cuánto idealismo, candidez, valor, magnanimidad y constancia hacen falta para embarcarse en semejante aventura? Me parece que en aquel instante, de golpe, vislumbré la grandeza de la decisión.

Entre la aparición del dinosaurio y la del primer dinosaurio volador, conocido como arqueópterix, transcurrieron ochenta millones de años. Un lapso de tiempo así resulta aplastante. Vislumbrar una paciencia tan sublime invita a intuir el principio motor del universo. Lo que permite contar con tal infinitud es el deseo.

Tendemos a contraponer el deseo a la disposición. Instintivamente, tengo poca fe en los dones. No niego que existan; solo dudo de su eficacia. He conocido a personas dotadas: tienden a molestarse cuando no se las reconoce con la suficiente rapidez. Es raro que la disposición fomente la paciencia. La paciencia solo puede germinar en un destino digno de ese nombre.

Un deseo que dura ochenta millones de años, y que persevera, ya que el arqueópterix no fue sino una etapa: eso sí que inspira respeto.

A posteriori, interpreto mi despertar al pájaro en términos de deseo. Y si en su momento no me di cuenta, lo que vino después me lo confirmó. Expresemos así lo que debió de impresionarme: «No sientas un deseo inferior al del pájaro».

Antes había tenido mis veleidades, como cualquier niño. Un día

soñaba con un telar. Al día siguiente quería tocar la guitarra. Lejos de mi intención denigrar esta tendencia, que corresponde a la vitalidad de los primeros años.

En cuanto me entró la obsesión aviar, esos caprichos infantiles desaparecieron. Dejaron paso a un enorme vacío, ya que era incapaz de determinar los entresijos de aquel despertar. En pocas palabras, yo era un huevo. Siempre he sentido predilección por los huevos. Todavía hoy siguen siendo mi comida favorita. De hecho, hace veinticinco años intenté no alimentarme de otra cosa que de huevos. El resultado fue catastrófico. Pero eso no me hizo perder el gusto por mi comida favorita.

Cuando tenía once años, el huevo eclosionó. Fue una eclosión de verdad: muy difícil y agónica. Imagínate que siempre has sido un huevo, estás tan a gusto, ahí calentita dentro de tu cáscara, que es reconfortante y benévola, cuando de repente se agrieta y revienta. Te encuentras a la intemperie, sin siquiera una pluma que te proteja.

Una experiencia salobre. Esperas instrucciones.

El problema: que a mí nadie me dio ninguna. No culpo a los que me rodeaban. ¿Quién podía sospechar lo que me estaba pasando? No parecía angustiada.

Mi instinto acertó: al no saber en qué emplear aquel estado de ánimo, decidí examinar qué lo había inspirado.

La lectura de manuales de ornitología resultó ser algo más que un pasatiempo. Era una fuente inagotable de asombro. La enorme diversidad de especies me mantenía ocupada. No dejaba de ser asombroso que hubiera pájaros tan diversos como el herrerillo común, el quebrantahuesos, el charrán ártico o el trepador azul. La nomenclatura era la prueba de la dificultad de clasificarlos. A uno de estos individuos se lo bautizó como *autour* por andar siempre acechando *autour* [alrededor] de las palomas torcaces. Lo llamaron simplemente así *autour* [azor]. ¿No es maravilloso?

A mí también podrían haberme descrito así, como alguien que acechaba siempre *alrededor* de las aves. Pero no era una depredadora, era una admiradora. Los libros de texto, el diccionario y la realidad me proporcionaron material suficiente para alimentar

mis obsesiones. Salir de casa se hizo menos insoportable. En lugar de mirar a los omnipresentes moribundos, miraba a los pájaros.

En el jardín había pájaros tejedores. Extasiada, me fijaba en sus nidos. ¿Se puede imaginar un hogar más protector? Escapaban a los ataques de cornejas y serpientes. Daba gusto ver la destreza con la que los picos entrelazaban hebras de paja o juncos para tejer aquellos sacos habitables, cuya larga y estrecha puerta solo era accesible a su esbeltez.

Bengala equivale a bengalí. Era inevitable que me regalaran una jaula con cuatro de aquellas diminutas criaturas. Las liberé a la primera oportunidad, lo que me valió una reprimenda.

–Es una gran descortesía para quien te los regaló.

–No le diremos nada.

–No es seguro que estas aves sobrevivan aquí.

–Si los pájaros bengalíes no sobreviven en Bangladés, ¿qué quieres que le haga?

El malentendido continuó. Una amiga de mi madre me regaló un canario Smet, que alojaron en la misma jaula de los bengalíes.

–No es un pájaro autóctono –dijo mi padre–. No lo dejes en libertad.

Llamé Sirocco a ese infeliz, y su cautiverio me repugnaba. En casa había un lavadero que casi nunca se utilizaba. Allí me acostumbré a aislarme con Sirocco, al que dejaba volar por la habitación. Aprovechaba entonces para hablar con él:

–Lamento tu encarcelamiento. Debes de estar enfadado conmigo, lo comprendo. Pertenezco a una especie sádica. No voy a domesticarte, porque sería como pedirte que traicionaras a los de tu especie.

Sentada sobre un viejo neumático, lo observaba durante horas. Su vuelo incesante y furtivo no parecía corresponder a ninguna emoción en particular. En cuanto se posaba, volvía a salir volando. Y eso te llevaba a preguntarte por qué se había posado entonces. Estaba claro que su vuelo, acompañado por un incesante *frrrrt*, no le costaba esfuerzo alguno. Batía las alas sin cesar, tanto que en vuelo resultaba imposible distinguirlas. El aterrizaje no iba acompañado de ninguna secuencia, ni el despegue requería el menor esfuerzo gimnástico.

Para disgusto mío, no me prestaba atención. «¿Qué sabes de él? Que practica la visión lateral. Es muy posible que te esté mirando sin que te des cuenta», pensaba. No me lo creía. Notaba su indiferencia. Si fingía acercarme, no se asustaba, me ignoraba. ¿Cómo no estar de acuerdo con él? Su color naranja demostraba que pertenecía a una especie manipulada por el ser humano. Podía estar contenta de que no me odiara.

Una heroína de George Sand decía que los pájaros la adoraban. Las alondras entraban en su habitación y se posaban sobre sus hombros. No podía extender la mano sin que sus dedos sirvieran de percha a los carboneros. Leo y releo este pasaje con amargura. ¿Cómo es que no fui yo objeto de semejante predilección?

Me vinieron a la mente varias explicaciones. Aquella heroína no enjaulaba a sus pájaros. Los pajarillos que la visitaban eran autóctonos. Además, era una época remota: un siglo y medio atrás, el hombre todavía no era culpable de crímenes tan graves contra los animales. Aquella relativa inocencia aún no lo había convertido en el enemigo público número uno.

Otra posibilidad: George Sand se lo inventaba. Exageración de novelista. Una mujer sobre cuya mano se posan los pájaros, eso solo ocurría en las películas de Walt Disney.

La hipótesis que menos me gustaba era que yo no les gustaba a los pájaros. Percibían en mí a una persona detestable. ¿Lo era? Pensándolo bien, habría sido atribuirme demasiada importancia.

Me encontraba en la casilla de salida: a Sirocco yo no le interesaba en absoluto.

Extraño destino el de su especie. En las islas Canarias, los hombres se fijaron en un serín que tuvo la mala idea de cantar en su presencia. La belleza de su canto provocó su encarcelamiento. La expresión de la alegría más pura le costó la libertad.

Lo mínimo que podía haber ocurrido era que, en cautiverio, su canto se secara. Pero no fue así. Observé el mismo fenómeno con Sirocco: suelto en el lavadero, nunca cantó. De vuelta en su jaula, no escatimaba sus magníficos trinos.

Pero había que volver a meterlo. Y, para ello, tenía que capturarlo, lo que daba lugar a escenas insoportables. Me costaba mucho

perseguir a alguien a quien hubiera preferido dejar libre. La ambigüedad de mi papel no me pasaba desapercibida y maldecía mi sometimiento infantil. Cuando por fin tenía el cuerpecito tembloroso en mis manos, apretaba los dientes.

En su jaula, Sirocco solo interrumpía la secuencia vuelo-parada para comer, beber o cantar. Su gorjeo lo mantenía muy ocupado. Cantaba preferentemente cuando yo no lo estaba mirando. La secuenciación de la melodía apenas difería, el matiz aparecía en el énfasis dado a tal o cual nota aguda, a tal o cual trino.

Me habría gustado comparar su canto con el de otro canario. Mi madre se enteró de que la hija del embajador egipcio también tenía uno. Ella accedió a invitarme a su casa.

Dahlia tenía mi edad y un canario que no cantaba.

–Godzilla me adora a mí y a nadie más que a mí.

Abrió la jaula e, inmediatamente, Godzilla se posó en su hombro.

–No canta. ¿Por qué? –pregunté.

–¿Y qué sé yo?

Su canario había conservado el color amarillo original, con alas marrones veteadas también de amarillo. ¿Por eso era menos arisco? Cuando le tendí la mano, retrocedió asustado.

–Lo siento –dijo Dahlia. Solo me acepta a mí.

Me estaba empezando a resultar cargante. Para acabar de rematarlo, me interrogó sobre mi consumo de alcohol. Como yo no escondía mis costumbres, vino en la mesa y whisky para el aperitivo, exclamó:

–¡Por favor, no bebas más! ¡Si supieras el daño que te estás haciendo!

–Eso es problema mío.

–Quizá por eso tu canario huye de ti.

No se lo discutí.

Volvió a poner a Godzilla en su jaula. Empezó a cantar.

–¡Es la primera vez que canta! –exclamó.

Convencida de que yo tenía algo que ver, me pavoneé:

–Es porque se alegra de verme.

–Cantar no significa necesariamente ser feliz –respondió Dahlia.

La pullita hizo saltar la liebre: ¿por qué nos parece que un pájaro canta cuando está contento? Se puede cantar perfectamente por desesperación, o incluso por sufrimiento.

–¿Te das cuenta? –prosiguió–. ¡Nunca había trinado y ahora se pone a cantar como un profesional!

–Sin embargo, el canto en los canarios no es innato. Debe haber oído cantar a un canario o a otro pájaro antes de conocerte –dije con conocimiento de causa.

–¿Puede aprender de otro?

–Sí. Pero Godzilla ha debido aprender de un canario: su canto se parece mucho al de Sirocco.

–¿Por qué ha esperado a conocerte para cantar?

–A lo mejor canta para soportar mi presencia –sugerí.

Dahlia quedó satisfecha con esta hipótesis. Llegó incluso a respaldarla:

–Cantar te permite soportar lo peor.

Decidí ignorar aquella provocación egipcia y cultivar la diplomacia:

–¿Y si organizamos un encuentro entre nuestros canarios?

Se concertó una cita. Regresé con Sirocco metido en su jaula. Los dos canarios quedaron libres en la habitación de Dahlia. Comenzaron ignorándose durante largo rato.

–Lástima que sean dos machos –dijo Dahlia.

–Se miran más de lo que crees. Godzilla está en su propio terreno, eso es una ventaja.

Tras esta primera fase de desconfianza, Sirocco cantó. Nunca lo había oído cantar con semejante talento. Estaba tan orgullosa como si fuera su profesora.

Godzilla lo escuchó, se apartó a un lado y luego hizo lo mismo. Cantó lo mejor que pudo.

–El tuyo canta mejor –dijo Dahlia.

–La experiencia –comenté.

–Están hablando entre ellos, ¿verdad?

–En efecto. Y se dicen a sí mismos: «Estoy en casa».

–Pero Sirocco no está en casa.

–Por eso canta tan bien. Lo que tiene que demostrar no es evidente.

–Entonces están compitiendo.

–No es solo eso –respondí–. El juego les permite conocerse. Y Godzilla aprovecha para tomar una lección de canto.

–Tú que dices saberlo todo, ¿cómo explicas que Godzilla me adore y que Sirocco no te quiera?

–¿Crees que Godzilla te quiere? La única certeza que se desprende de su comportamiento es que no te tiene miedo.

–Entonces, ¿por qué te tiene miedo Sirocco? –preguntó Dahlia.

–Hace bien. Yo también me doy miedo.

Decía la verdad. Desde que contraje la pasión aviar, no dejaba de chocar con lo desconocido en mi interior. Leer tratados de ornitología me volvió aún más misteriosa para mí misma.

–Pero estoy de acuerdo contigo –agregué–. Me molesta que los científicos pretendan traducir el comportamiento de las aves. ¡Como si ellas pudieran confirmarlo!

–Y además es lenguaje humano.

–Exacto.

Godzilla y Sirocco siguieron turnándose para cantar. Compitieron con cortesía, escucharon la actuación del otro con actitud meditativa antes de intentar vencerlo sosteniendo una determinada nota durante más tiempo. Cada estrofa presentaba una estructura idéntica, la variación tenía que ver con la intensidad de los trinos y su virtuosismo. Se me ocurrió contarlos: Sirocco siempre iba una estrofa por delante.

–¿Crees que están contando? –preguntó Dahlia.

–Sí. Sirocco llega a once estrofas, Godzilla se queda en las diez. Tienen una mente matemática.

Poco después, mi padre me dijo que había hablado con el embajador de Egipto en un cóctel. Este le había dicho, no sin

preocupación, que mi mera presencia había sido suficiente para inspirarle al canario de su hija la necesidad de cantar. «Ahora nos taladra la cabeza», se quejó el egipcio, que sospechaba alguna brujería detrás de aquello.

–Además, por lo visto, juzgas los cantos como en un concurso, contando los versos –añadió mi padre–. Y se ve que tu pájaro se alzó con la victoria.

–Por supuesto –comenté serenamente.

Radiante de orgullo, mi padre entonó «La Brabançonne».[1]

Bangladés, una democracia joven, tenía que contar con su propia aerolínea. El lema de las Biman Bangladesh Airlines era «Majestic all the way». ¡VUELA BIRMANO!, proclamaban los carteles publicitarios instalados entre vertederos y barrios marginales. Obedecíamos aquella consigna. Al menos una vez al mes, íbamos al aeropuerto de Daca, que parecía un cuartel provincial con aparcamiento, para tomar algún avión. Una armada de Fokkers abandonados por los países industrializados se ofrecía a llevarnos a Chittagong, Mymensingh, Sylhet o Cox's Bazar.

En retrospectiva, puedo entender el atractivo desmedido que aquellos topónimos ejercían sobre mi padre. Pero en aquella época, mi hermana y yo lamentábamos esa curiosidad, que no compartíamos y que hacía que tan a menudo nos viéramos transportados a lugares inverosímiles, sobre todo porque para llegar a ellos no teníamos más remedio que coger el avión.

Los aviones Fokker de las Biman Bangladesh Airlines explotaban de vez en cuando en pleno vuelo, junto con sus pasajeros. Si la prensa hablaba poco del tema no era por falta de libertad, sino por falta de interés. En Bangladés, morir era pura banalidad. Morir en un accidente de avión o por causas corrientes, ¡menuda novedad!

En el avión, mi hermana y yo hablábamos de las razones que nos unían a esa existencia terrenal. La conclusión era siempre la misma: «Lo que más me gusta es ser tu hermana». Queríamos que el accidente aéreo nos matara juntas.

Las azafatas me sonreían cariñosamente y me daban chocolatinas de la aerolínea, que tenían cucarachas momificadas dentro. No era raro que el vuelo atravesara una tormenta monzónica. Una vez, la convulsión del relámpago nos zarandeó con tanta fuerza que mi

padre mintió. Recuerdo haberle preguntado si estaba tan asustado como yo. Él, cetrino, respondió con la siguiente doble mentira:

–No. Hay pararrayos.

Lo bueno de aquellos viajes era la oleada de alegría que sentíamos al aterrizar: habíamos sobrevivido. Lamentablemente, en cuanto llegábamos al aeropuerto provincial nos interceptaban los diplomáticos. Parecía tan increíble que un embajador quisiera visitarlos que una delegación acababa siempre recibiéndonos con pompa. La intención era loable, pero el resultado angustioso. Mis padres se prestaban de buen grado a aquellas pantomimas. A Juliette y a mí nos costaba más poner buena cara. Teníamos catorce y once años, no estar de morros ya suponía un tremendo esfuerzo.

Descubrimos los ayuntamientos y palacios de gobernadores de las provincias más remotas de Bangladés. Eran edificios recientes y, sin embargo, el aire saturado de humedad los transformaba casi al instante en ruinas. Mientras los dignatarios le explicaban a mi padre la importancia de la región en la historia del país, yo iba al cuarto de baño y me lo encontraba ocupado por una familia de ranas.

En las raras ocasiones en las que pudimos alejarnos de aquellas comitivas, observamos las diversas formas de miseria de una población fascinante. La muerte, constantemente en acción, no daba respiro a nadie. La gente sentía su presencia con tanta intensidad que sus miradas ardían. Cualquier oportunidad era buena para iniciar un concierto improvisado. Si había un sarod, mejor aún.

Por la noche, los murciélagos dominaban el cielo. En vano intenté entender por qué mi obsesión por las aves no los incluía. Que fueran mamíferos no era suficiente explicación.

Sylhet fue una de las ciudades que más me gustó. Estaba rodeada de selva, la cual me fascinó mucho más que los arrozales. Fue allí donde vi lo que al principio tomé por uno de esos murciélagos que reinaban en la noche como dueños del cielo y que resultó merecer el fabuloso nombre de chotacabras orejudo.

Esta ave tenía la apariencia de un dragón. Emitía gritos que sonaban como un silbido de aprobación. Verla de cerca era asombroso. Dos orejas puntiagudas rodeaban un rostro de gárgola, que expresaba una ira fuera de lo común. El macho no se diferenciaba de la hembra. El chotacabras orejudo volaba en círculos, silenciosamente, cazando insectos que iba acumulando en el buche. Su plumaje se confundía con el suelo, donde vivía durante las horas de luz. Al anochecer se elevaba hacia el cielo. Por la noche prefería descansar en las ramas más altas.

Sentí pasión por él desde el principio. Por algún oscuro motivo, aquella pasión hizo que acabara identificándome con él. Esto me valió algún que otro «Tú no eres tan fea», lo que subrayaba la dimensión del malentendido. A mí me parecía magnífico. Su nombre hablaba por él. Etimológicamente, era el que se traga el viento.[2] Semejante aerofagia resultaba desconcertante, salvo que para mí significaba otra cosa. Tenía el aval del viento. Su vuelo era su ratificación. Había que verlo volar cerca de Eolo, deslizándose entre dos corrientes, tomar el pasillo de aire que lo impulsaba hacia el cielo en menos de un segundo y precipitarse luego desde semejante altura porque sí para rectificar justo antes de tocar tierra.

Volar como el pájaro, dice la canción. De acuerdo, pero ¿como qué pájaro? ¿Qué tienen en común el vuelo del ánade real y el del chotacabras? Para nosotros, los paletos, volar como un pato ya suena fantástico. Pero no cabe duda de que al zorzal le ofende la pantomima del torpe, sobre todo cuando despega: parece el típico tío gordo que por fin decide levantarse e ir a por una cerveza.

En la naturaleza misma del chotacabras está volar. Yo sospechaba que había elegido ser insectívoro solo para alimentarse volando. Me di cuenta de que prefería esperar a que lloviera antes de beber, para así poder saciar su sed por los aires. Incluso su expresión furiosa podía explicarse gracias a mi principio: en cuanto llegaba al límite de sus fuerzas y tenía que posarse, se enfurecía. Utilicé unos prismáticos para observar su rostro mientras volaba. En la medida en que era posible captar el estado de ánimo de alguien que no

paraba quieto, me daba la sensación de que en el aire no tenía aquel aire ceñudo.

Observarlo me cambió la vida. Mi falta de talento para la fotografía me impidió convertirme en una cazadora de imágenes. Siempre fue con mis ojos con los que capturé la imagen de las aves, cuyas fisonomías quedaron impresas en mi memoria hasta el punto de cambiar su funcionamiento.

El chotacabras me transformó el cerebro. El pájaro me enseñó a hacer de la necesidad virtud. A menospreciar la gravedad cuando no costaba nada hacerla jugar a nuestro favor para retozar en el aire. La velocidad no era una meta –¡mediocre objetivo!–, sino la condición *sine qua non* de la existencia que nos permitía escapar de los depredadores con la única elegancia que cuenta: el placer.

¿Seremos capaces algún día de transmitir el gozo del chotacabras? Se zambulle en el viento como quien se zambulle en la voluptuosidad, y al mismo tiempo lo contrarresta, lo obedece, lo asombra y finalmente se entrega; es el amante genial de la corriente de aire.

En Sylhet, la selva estaba salpicada de jardines de té. Nunca había visto nada igual. Era lo más parecido a la idea del paraíso. Ese verde tierno, esas colinas ondulantes y la delicada humedad que emana de ellas, tanta dulzura asentada en la tierra, con la selva prehistórica como telón de fondo: me habría gustado vivir allí, como el chotacabras. Puestos a anidar en el suelo, ¡qué magnífica disposición la de establecerse bajo los árboles de té!

Esto hizo que mi identificación fuera todavía más precisa. El té, mi bebida preferida, me unió al chotacabras. Lo único que me quedaba por hacer era inventar una forma de volar.

Aquello se convirtió en mi sueño recurrente. Seguía una y otra vez el mismo patrón: descubría la gimnasia que me permitía volar. Y esta consistía siempre en una sucesión de gestos sencillos. Consciente de que estaba soñando, anclaba el movimiento en mi cuerpo mientras me repetía: «Ya te acordarás cuando despiertes, es facilísimo», tras lo cual surcaba los cielos y sobrevolaba territorios espléndidos presa del éxtasis.

Cuando me despertaba, sonreía: mi esqueleto se acordaba de la

gimnasia adecuada. Me levantaba, lo intentaba y permanecía plantada en el suelo. Sin embargo, mi fe seguía intacta: las enseñanzas oníricas no podían mentir, algo debía de estar haciendo mal. La sensación de haber volado y de que era capaz de hacerlo estaba inscrita demasiado profundamente en mí.

Para volver a Daca, embarcamos en un avión de la Biman Bangladesh. El logotipo era una cigüeña. Nada más lejos de mi intención que negar el prestigio de dicha ave, pero nunca había visto una en ese país. Eso no significaba que no las hubiera. Sin embargo, no entendía por qué la Biman no había elegido el chotacabras como símbolo. El vuelo aventurero de los Fokkers de la compañía recordaba mucho más a la temeridad del chotacabras que a la plácida velocidad de crucero de la cigüeña.

En el fondo, no debería haberme sorprendido tanto. Al simbolismo le trae sin cuidado la verosimilitud. El animal que representa a Bélgica es el león.

Sin comentarios.

Pese al encanto de Sylhet, Cox's Bazar no tardó en convertirse en el destino preferido de nuestra familia. Era el único centro turístico costero de Bangladés. Pensándolo bien, resultaba extraordinario que el país más pobre del mundo tuviera uno. No olvidemos que Bengala fue un reino sumamente rico antes de la colonización británica, que se encargó de desmantelar tanta prosperidad.

Entre aquellos ingleses, un tal Cox instaló (o rebautizó, vayan ustedes a saber) un resort a orillas del golfo de Bengala. En 1978 no quedaba, por así decirlo, nada de aquellos fastos colonizadores, salvo hoteles en ruinas, la mayoría de los cuales se utilizaban como dispensarios. El menos derruido aún recibía la visita de los aficionados a bañarse en el mar como nosotros.

Aparte de los Nothomb, habíamos reparado en una familia fiel al Cox's Bazar Palace. Se trataba de una tribu de ingleses que, aunque jóvenes, cultivaban la más arrogante de las nostalgias. Nunca salían del hotel, comían siempre en la mesa contigua a la nuestra en la sala que hacía las veces de restaurante y nos miraban con desprecio, eso cuando no declaraban alto y claro:

–*They are as dirty as these Bengalis*.

Por la noche cenaban con esmoquin y vestido largo. Nuestro *dress code* les repugnaba. Jamás los vimos en la playa.

Nadar en el golfo de Bengala resultó ser una experiencia formidable. Las olas eran gigantescas y se sucedían a un ritmo que no he conocido en ninguna otra parte. Podías elegir entre abandonarte a ellas o sumergirte. Pero si querías adentrarte en el mar, bucear resultaba indispensable.

Se decía que los tiburones habitaban las grandes profundidades. Si bien no lo confirmaba ninguna observación, añadía una dimensión de ruleta rusa al placer del baño.

Cuando no estaba nadando, jugaba en la playa con los niños del pueblo. Aquellos recolectores de caracolas me enseñaban su botín. Agujereaban el nácar para enhebrarlas y hacer collares. Me vieron hacer malabarismos con tres pelotas y me pidieron que les enseñara ese arte.

Como en tantos otros lugares, la miseria abundaba en Cox's Bazar. Curiosamente, el mar suavizaba la labor de la muerte. Las mujeres vestidas con sari se metían en el agua con sus redes para pescar y siempre regresaban con alguna captura comestible.

Yo era el cormorán de aquel litoral. Buceaba sin descanso. Nadar era volar bajo el agua. No traía nada de pesca, lo único que me importaba era la sensación de tener alas en lugar de brazos. Solo sacaba la cabeza para respirar.

Por lo demás, había gaviotas. Me gustaban sus modales. La hembra acariciaba el cuello del macho con su cráneo, y eso significaba «tengo hambre». El caballero buscaba enseguida algo con lo que alimentar a su dama.

En Bangladés, la enfermedad más corriente era el hambre. No padecerla nos convertía en seres aparte. Le regalaba mi merienda a los niños de la playa, que la devoraban mientras me miraban espantados y con cara de estar pensando: «No tiene hambre».

Ellos nunca se bañaban. Cuando los invitaba a seguirme hasta el agua, declinaban mi propuesta. Sin embargo, no existía ninguna prohibición de nadar. No teníamos un idioma común para hablar de ello.

Mi abuela materna vino a vernos. Hay que felicitar a esa aventurera: nadie tenía ganas de visitarnos en Bangladés. Aquella mujer, de una maldad olímpica, sintió la curiosidad de comprobar en persona la pobreza del país. No salió decepcionada.

La llevamos a Cox's Bazar. La presencia de una bruja auténtica en la playa despertó el entusiasmo de mi tribu de amigos. La apodaron Buri Buri, que significa «vieja vieja». Cuando se metía en el mar a nadar con energía, los niños gritaban con alegre terror. Parecían preguntarse si deseábamos que se ahogara.

Era todo un espectáculo ver salir de las aguas a aquella vieja decrépita y regresar junto a su familia, escoltada por niños que gritaban «Buri Buri» para aclamarla por haber sobrevivido al baño.

La abuela regresó a Bélgica, encantada de haber certificado tanta miseria. Cuando volvimos a Cox's Bazar, el grupo de la playa rompió a llorar: Buri Buri debía de haber muerto si no venía con nosotros.

La comunidad extranjera nos consideraba unos excéntricos. Los otros diplomáticos no salían de la capital: se atrincheraban contra el espectáculo del hambre en sus residencias oficiales. Sus únicas salidas consistían en desplazarse hasta el club Intercontinental, centro de la vida social de Daca.

Mi padre decía que jamás había tenido un destino tan apasionante como aquella joven democracia. Mi madre compartía su fascinación. Mi hermana y yo nos avergonzábamos de no albergar ningún sentimiento positivo.

A una hora de la capital en coche, unas religiosas belgas crearon una leprosería llamada Jalchatra. Nuestros padres se entusiasmaron con el proyecto. Las visitábamos tres fines de semana al mes.

–¿Puedo llevarme a Sirocco?

–Una leprosería no es sitio para un canario –respondió mi padre.

Jalchatra era un antiguo convento en ruinas en medio de la selva. Ni electricidad ni agua corriente. Acudían leprosos procedentes de todo el país. En cuanto llegamos, Juliette y yo comprendimos que aquello era la antesala del infierno. Mientras nuestros padres ayudaban descargando equipos médicos y recibiendo a los enfermos, nosotras nos internamos en la selva, donde nos recibían los enjambres de mosquitos.

–Yo me vuelvo –declaró Juliette.

Volver supone que tienes un hogar. Quise saber a qué llamaba así mi hermana. Al llegar cerca de Jalchatra, se sentó en un tocón y se puso a leer.

Reanudé, yo solita, mi exploración. En la cola de los leprosos había un hombre sin nariz. En su lugar, un enorme agujero. Cuando hablaba, se le veía el cerebro moviéndose. «No olvides que en eso consiste el lenguaje», me dije.

La hermana Marie-Paule, de sesenta años, dirigía aquel dispensario con energía. No tardó en contar con la ayuda de dos religiosas flamencas, la hermana Lies y la hermana Leen, que no tenían ni treinta años y eran obesas. Aquel equipo de élite obraba milagros.

En Jalchatra dormíamos en unas celdas tan estrechas como oscuras. Las tinieblas no impedían del todo que se vieran las arañas. Juliette y yo compartíamos la misma celda. Por la noche, cuando íbamos al lavabo, nos acompañábamos mutuamente para sujetar la vela por turnos. Se trataba de no caer en el hoyo que servía como retrete. Luego regresábamos a nuestro cubículo, preguntándonos qué crimen estaríamos expiando con aquella prueba.

La salida del sol era una bendición que nos libraba de los terrores más horrendos. La hermana Marie-Paule nos premiaba con un: «¿Qué, chiquillas, a que se duerme bien aquí?»

No nos atrevíamos a sacarla de su engaño.

En la selva cercana, efectué mis investigaciones: sabía que el chotacabras orejudo anidaba en el suelo. Armada con un bastón, iba separando la hierba alta, las lianas trepadoras y las ramas con la esperanza de tropezarme con mi alter ego dormido. Topé con ratas y serpientes enormes imposibles de identificar que aumentaron mi perplejidad. Si tienes la posibilidad de construir tu nido en un árbol, ¿para qué exponerte a tantos peligros? La eventual caída de los huevos me parecía un peligro menos evidente que el de ser devorado por una boa. Llegué a la hipótesis de la pereza: construir un nido en las alturas exige mucha energía. No me convencía. Un pájaro tan malhumorado debía tener unos impulsos más profundos que la vagancia. Me resistía a atribuirle una afición a la ley del

mínimo esfuerzo. Y entonces se me ocurrió una nueva idea: anidar en el suelo era el mejor de los escondites. El chotacabras era un experto en camuflaje. El color de su plumaje lo volvía invisible. Si no lo había visto, eso demostraba que estaba allí.

Al anochecer, vi volar varios chotacabras orejudos. Se respiraba ritual de apareamiento: los machos batían las alas. Eso no me consoló, me salvó. Cuando una se siente incapaz de albergar un pensamiento digno de tal nombre, queda la observación: esto es lo que me enseñó mi amor por los pájaros.

Si me hubieran apasionado los peces, las serpientes o los tigres, me habría convertido en una persona muy distinta. Sea cual sea el lugar, la estación o la hora, siempre puedes ver un pájaro en este planeta. Incluso en medio del océano puedes asistir al espectáculo de una migración de gaviotines árticos. La pasión aviar te predispone constantemente al acecho. Siempre hay que estar alerta. Una pasión que se vive a través de la observación, y más aún de la observación de una especie tan movida como esta, influye en el carácter. La perpetua contemplación de un ser furtivo me enseñó el arte de amar lo inabarcable. Nos sorprende la fidelidad amorosa de los pájaros. Sin embargo, es muy natural en individuos a los que les resulta ajena la noción de posesión.

La hermana Marie-Paule se esforzó mucho en fingir que nos quería a Juliette y a mí. Le costaba entender, tal vez, que personas tan maravillosas como nuestros padres hubieran engendrado a unas chiquillas tan ajenas a la compasión. Cuando nos proponía que la ayudáramos a curar a los leprosos, le respondíamos sin vergüenza que teníamos que repasar las declinaciones del latín.

–Pues no parece que repaséis mucho –nos decía.

–Repasamos mentalmente –respondía Juliette con voz inocente.

La anciana religiosa me pilló aplastando la hierba alta con mi bastón. Me puse de inmediato a recitar: «Rosa rosa rosam».

La odiábamos, pero sentíamos cierta ternura por las jóvenes religiosas obesas que, ellas sí, nos dedicaban sonrisas benevolentes.

Cumplí doce años. Que no fuera el augurio de nada bueno me disgustó. En Bangladés, a las chicas de mi edad las casaban.

La vida era terriblemente aburrida. De no ser por mi hermana y por los libros, allí no habría habido nada.

–Te estás convirtiendo en una adolescente –dijo mi madre.

Yo lo negué. La pubertad me parecía una maldición. No quería oír hablar de ella. Todavía sentía la infancia pegada a la piel y la protegía por todos los medios.

En Cox's Bazar, mis padres habían conocido a un armador de unos cincuenta años llamado Nurul Islam.

Aquel hombre impresionante nunca perdía la oportunidad de mirarme y hablarme con deferencia. Me llamaba «the young lady». Me daban ganas de matarlo.

–*What is the young lady's interest in life*? –me preguntó, ya que se dirigía a mí en tercera persona.

–*Birds* –respondí.

Tenía mucho que decir sobre *El lenguaje de los pájaros*.

–¡Qué hombre más distinguido! –se maravilló mi madre.

–No me casaré con él –declaré.

–Lástima –dijo mi padre–, estaba dispuesto a aceptarte sin dote.

–Esto solo os hace gracia a vosotros –respondí.

–Ya ves: al final, curar leprosos no estaba tan mal.

Juliette y yo nos miramos con consternación. Así que podíamos elegir entre armadores viejos o la leprosería.

Resolví el asunto pasando la mayor parte de mi tiempo en el mar. Cuando Nurul Islam se acercaba a la playa para instalar su silla junto a las de mis padres, yo hacía rechinar los dientes y esperaba a que se marchase para salir del agua.

–¡El señor Islam te ha invitado a cenar en su yate! –anunció mi

padre un día al verme llegar.

–¿Es una broma?

–No. ¿Acaso no es maravilloso?

–Supongo que ya le habrás dicho que tu hija no está en venta –continué.

–¿Pero qué dices?

–La verdad. Así que le habrás dicho que no, evidentemente.

–¡No! Tu madre y yo hemos aceptado.

–Pues yo me niego. No pienso ir.

–Irás.

–¿Queréis que ese viejo asqueroso haga guarradas conmigo?

–¿Cómo se te ocurre algo semejante? –se indignó mi padre–. Eres una niña, él lo sabe. Lo ve.

Entendí que la inocencia de mis padres batía todos los récords. La noche señalada, me puse un peto asqueroso. Mi madre no lo toleró y me puso un vestido de volantes. Me tranquilizó comprobar que así estaba aún peor.

Nurul Islam me esperaba en la puerta del hotel, delante de un Rolls-Royce. Mis padres me recordaron que tenía que dar las gracias y, muy impresionados, vieron cómo se alejaba el automóvil. El yate estaba amarrado en lo que, un siglo atrás, debió de ser un puerto. Ceremoniosamente, el armador me rogó que subiera a bordo.

No soltamos amarras. Unos criados nos acompañaron hasta la cubierta, donde habían instalado dos tumbonas. Me ofrecieron un vaso de limonada.

Hay que reconocer que Nurul Islam se comportó como un perfecto anfitrión. Mientras aquellos criados me atendían como a una princesa, me habló de temas elevados. No hizo ningún gesto inapropiado ni profirió ningún comentario ambiguo. Eso no impidió que yo aborreciera aquella velada. Cuando me volvió a llevar al hotel, me esforcé en no darle las gracias.

Juliette estaba durmiendo cuando entré en nuestra habitación. Lástima, me apetecía hablar con ella. Al contemplar su hermoso rostro soñoliento, le pregunté mentalmente: «¿Por qué no soy como tú? Eres como nuestros padres, no ves el mal. Da para preguntarse qué pasa conmigo, que lo veo donde no lo hay».

Incapaz de conciliar el sueño, pensaba en mi extraña velada. «Aunque me busque un problema, me gustaría comprender por qué me ha invitado a mí el viejo. Quizá le interesen los niños poseídos por el demonio.»

Aquella última reflexión me sumergió en los abismos. Me puse a buscar las pruebas de mi posesión demoníaca y encontré un montón: «¿Me contraría de verdad el asunto?», me sondeé. En sí, me resultaba indiferente. Lo único que no cuadraba con aquella hipótesis era mi obsesión aviar.

«Cultiva el pájaro que hay en ti. Ya veremos adónde te lleva», decidí.

Mientras tanto, ¿cómo reaccionar frente al recuerdo de aquella velada? «Imita a tus padres y a tu hermana, que no dicen nada.»

Al día siguiente, la vida se reanudó como si nada hubiera ocurrido. Nadie me preguntó nada, ni informé a nadie de la inocuidad de mi velada con aquel a quien yo llamaba el viejo.

Mientras nadaba lejos de la orilla, vi llegar a Nurul Islam e instalarse en la playa al lado de mis padres. Se pusieron a hablar. No me moví del agua durante todo el tiempo que el viejo los entretuvo.

Cuando se marchó, me reuní con ellos.

–Nurul Islam nos ha contado que eres una interlocutora de primer orden –anunció mi padre.

–Así es como ve a la gente que no pronuncia ni una sola palabra –comenté.

–Al parecer tienes una capacidad sensacional para escuchar.

–Finjo –respondí.

–Es todo un arte.

No era la primera vez que me enfrentaba al exceso de positividad de mis padres, pero sí la primera que experimentaba una contrariedad tan profunda.

Esperé con terror lo que iba a suceder: seguro que el armador

volvía a invitarme. Pero no fue eso lo que ocurrió. Mi perplejidad fue superior a mi alivio.

–¿Y tú no dices nada? –le pregunté a Juliette.

–Te entiendo, bebé –respondió ella.

De vuelta en Daca, reanudamos nuestros estudios. Nueve horas de latín por semana ya no me bastaban, les añadí seis horas de griego antiguo. Se burlaron de mí:

–¡Hay que ver lo moderna que eres!

No me inmuté y disfruté aprendiendo el alfabeto griego. La ventaja de la ausencia de profesor era que podía obedecer a mis deseos. Las seis horas de griego que marcaba el programa se transformaron en dieciséis, a costa de las matemáticas y las ciencias. Durante los exámenes, nadie nos vigilaba: Juliette y yo no dudábamos en abrir los manuales para copiar las respuestas, añadiendo a veces pequeños errores para que no se notara tanto. En griego y en latín, convertí en una cuestión de honor respetar las reglas.

Gracias a ello, obtuvimos unos resultados increíbles. Nuestros padres estaban asombrados de que fuéramos tan buenas alumnas. Les preocupaba más vernos languidecer. Aquel año crecí doce centímetros. Juliette, poco más. ¿Sería por eso que se nos hacía inconcebible movernos siquiera? La salida más breve nos agotaba. Un fin de semana, tuvimos la desfachatez de no acompañarlos a la leprosería. «Demasiado cansadas», fue lo único que logramos decir.

Sentimiento de profunda victoria viendo a nuestros padres marcharse a Jalchatra sin nosotras. Nos pasamos dos días tumbadas en el sofá del comedor.

Celebramos la Navidad a bordo de un barquito que circulaba por el delta del Ganges. En los Sundarbans solo había cocodrilos que nos

perseguían con indisimulado apetito. Si me asomaba a contemplarlos, abrían las fauces y olía su fétido aliento. El conductor del esquife me advertía:

–¡En Bangladés todo el mundo tiene hambre! Para el cocodrilo, vosotras sois comida. Se os tragaría de un bocado sin masticar siquiera. Los jugos gástricos harían el resto.

Aquello me fascinaba.

Vi un joven cocodrilo tragarse una gaviota como si fuera un cacahuete. Sufrí su martirio.

–Admitid que no se trata de una Navidad cualquiera –dijeron nuestros padres.

El manglar rebosaba de chotacabras orejudos, pero para poder avistarlos había que esperar al atardecer. Esperé contemplando las golondrinas indias. Tenían la particularidad de compartir las madrigueras de animales fosoriales, cosa que en aquellas zonas inundadas no dejaba de inquietarme. Me fijaba en el momento en el que desaparecían entre las raíces de las higueras para entrar en el hábitat del topo local. ¿Por qué elegir un sótano cuando puedes anidar en lo alto de un árbol? Aún más extraño que aquella manía del chotacabras de dormir en el suelo.

A base de meditar sobre los especímenes aviares, algo se iba fracturando en mí. No sabía qué. Romper la cáscara del huevo del desayuno se convertía en un ejercicio filosófico.

Los cambios de año me resultaban tan indiferentes como todo lo demás. El ablativo latino no tiene equivalente en griego antiguo. Reparte sus funciones entre el dativo y el genitivo. Este último hereda la función de absoluto. Un aprendizaje extraño, que asimilaba a contracorriente del tiempo ya que el griego había precedido al latín. Así que era el genitivo absoluto griego el que había derivado en el ablativo latino. Aquella arborescencia gramatical me tenía absorta.

En griego antiguo existía un imperativo pasivo, una declinación tan improbable que me apliqué a encontrar ocasiones reales de dar órdenes pasivas: «¡Sé matado!» o «¡Sé comido!». Había que llevar al extremo la sumisión al destino.

Pascua. Vacaciones en Cox’s Bazar. En el avión, me concentré en

la cara de Nurul Islam: «¡Sé matado!». La pequeña villa costera no atestiguaba la presencia del armador. Sentí alivio.

Cada día me reencontraba con el golfo de Bengala y con sus olas más altas que una persona. Nadaba cada vez más lejos. Juliette y mis padres se quedaban en la playa abrazando el sol.

Al salir del agua, lamentaba la ausencia de niños. ¿Dónde se había metido la tribu de los chavales? Solo quedábamos nosotros.

–Ojo con los tiburones –dijo mi madre.

No hice caso de la orden y me alejé más que nunca de la orilla. ¿Y si nadara hasta el horizonte?

Fue entonces cuando las manos del mar se apoderaron de mí. Unas manos innumerables que no pertenecían a ningún otro cuerpo visible me atraparon, me desnudaron y me poseyeron. El dolor solo podía compararse con el horror.

«¡Sé comida!»

Necesité un siglo para reunir las fuerzas suficientes para gritar.

Mi madre me oyó y corrió hacia mí. Lamentablemente, estaba muy lejos. Me pareció que nunca iba a llegar. Mientras tanto, las manos del mar siguieron saqueando lo que estaba a su alcance: todo.

Cuando mamá estuvo a solo treinta metros, las manos me soltaron. Mi madre me llevó en brazos hasta la orilla. El bañador se me había quedado enganchado en el tobillo.

A lo lejos, vimos a cuatro hombres salir del agua y huir corriendo. Eran jóvenes y ágiles, nadie supo de quiénes se trataba.

–Mi pobre niña –dijo mi madre.

Por boca de los tres testigos no se volvió a pronunciar ni una sola palabra jamás. Sin las de mi madre, me habría vuelto loca.

No me volví loca. Algo se apagó en mí. Nunca más me volvió a ver nadie dentro del agua.

Aquella tarde vi una golondrina india volando por encima de la playa. Generalmente no llegaban hasta allí. Tumbada en la arena, la observé. Me propuso una interpretación. La violencia de las manos del mar me había arrancado el caparazón, yo ya no era el huevo. Era un pajarito desprovisto de plumas, y tendría que acceder al estatus de pájaro. Iba a resultar monstruosamente difícil.

Nunca volvimos a Cox's Bazar.

Los meses siguientes se perdieron para mí en una resaca monótona y aburrida. Estaba sin estar. Los manuales de ornitología se convirtieron en mis breviarios, seguía buscando métodos para volar.

Recuperé mi vieja bicicleta, y con ella tuve la sensación de que lo conseguiría. Salir del barrio de Gulshan sobre su sillín me pareció una ambición adecuada. Lo logré, pero al llegar a las avenidas de Daca me pareció que alcanzaba los límites del mundo. No pude cruzarlos. Así que circular en bicicleta no era volar.

Verano: cumplí trece años. Lo odié. Aquella edad anunciaba el panorama: caída, hibridez, porquerías varias. Poner mala cara daba pie a unos subtítulos inmediatos: «Tiene trece años».

Contra el vacío, solo me quedaban los pájaros. Dado que no sabía cómo aprender de ellos, me puse a contemplarlos con más empeño aún. Lo que a mí me parecía la nada, para ellos era el más fabuloso de los terrenos de juego. Allí donde no había nada, ellos aceleraban. ¿Qué es volar sino entregarse a la ebriedad del vacío?

Intuía que aquello contenía una información crucial, pero seguía siendo inutilizable para mí. Faltaba algo. Me sentía en la piel del pintor occidental cuando se enfrentaba a la pintura del Lejano Oriente, fascinado por la revelación del vacío e incapaz de insertarla en su arte, pues ignoraba la manera de prescindir de la saturación.

Había que volver a empezar de cero. Solo deseaba eso, sin saber dónde situar el cero. Me devanaba los sesos con aquella pregunta.

Por profunda que fuera mi ausencia, no abandoné el griego antiguo. A través de una versión, aprendí que a Hermes, el dios mensajero de pies alados, se lo podía denominar psicopompo. El psicopompo era el que acompañaba a las almas muertas en su viaje.

Aquel nombre fantástico también podía convertirse en adjetivo: así, en la iconografía cristiana, existía el pájaro psicopompo, que permitía ilustrar al Espíritu Santo (la famosa paloma que dejaba a la Virgen embarazada de Jesús).

«¿Y si fuera yo?», pensé.

La Trinidad ofrecía unos puestos que había examinado a fondo. El Padre no, ese era un papel que me venía grande y que, por otro lado, desempeñaba magníficamente mi padre. El Hijo. Había pensado en ese papel entusiasmada, pero mi reciente constatación del sufrimiento había puesto un rotundo punto final a aquella ambición. No me apetecía una carrera que comportara un dolor tan absoluto. El Espíritu Santo: ¿por qué no? ¿Existía alguna razón para excluir esa hipótesis? Por otro lado, ¿quién mejor que yo para serlo?

Para aquellos que se hacen cruces frente a semejante megalomanía, tengo que precisar que, siendo un bebé, fui todavía más radical: me creía Dios. Rebajarse a ser solo el Espíritu Santo demostraba una evolución, lenta pero segura, hacia cierta modestia.

De paso, les doy las gracias a mis padres, que nunca consideraron necesario señalarme algunos límites. Así, renunciar al papel de Padre o de Hijo con el pretexto de lo masculino ni siquiera se me pasó por la cabeza. Semejantes consideraciones no existían para mí. En cuanto al Espíritu Santo, en ningún sitio se precisa su sexo, ni su edad, ni su nacionalidad, ni su naturaleza humana. Prefería que lo vieran como un pájaro. Seguí meditándolo.

Psicopompo: no hace falta darle muchas vueltas a una palabra para que te encante. Sin ser pomposa, tenía pompa. Había que olvidar su significado para disfrutar de su extraña consonancia. Cuando la descubrí como epíteto de Hermes, di por hecho que aquel dios era el bombero[3] del alma, función tan indispensable a mis ojos que me sorprendía que no existiera.

La *pompe* inicial, que ha inspirado las múltiples y variadas bombas, es el corazón. ¿Habríamos podido imaginar esa mecánica basada en las leyes del lleno y el vacío sin el constante vaivén de los ventrículos y las aurículas? Lo que hace circular nuestra sangre es un sistema de bombeo. El francés, lengua de lo más ingrata, ha

connotado este verbo como lo peor de lo peor. *Tu me pompes l'air!* [¡Me tienes frito!], *Il a pompé Victor Hugo* [Ha plagiado a Victor Hugo] y el adjetivo *pompette* [achispado] para calificar la borrachera de un día.

Existe una confusión etimológica. La palabra neerlandesa *pompe* ha dado lugar a nuestro verbo *pomper* en el sentido mecánico, «bombear», mientras que la pompa honorífica procede del griego *pompé*, la «procesión». La segunda mitad de psicopompo sale de *pomparios*, el «acompañante», mismo origen que en pompa honorífica. No es descabellado sospechar una raíz idéntica en *pempo* y en *pompé*, que remite a la idea de impulso.

A los trece años, comprendí que solo aquel impulso podría sacarme del estancamiento del dolor. Pero ¿qué hacer?

Examiné la mitología en busca de una solución. Entre los psicopompos famosos estaba Orfeo. Sentía devoción por él. Yo quería ser Orfeo. Para eso necesitaba una Eurídice.

–Juliette, ¿serías mi Eurídice?

–Pero, a ver, yo no estoy muerta.

Eso era verdad. Volví a pensar en el episodio de las manos del mar: la muerta era la yo de antes. Unos meses que me parecían infranqueables me separaban de aquella persona. Yo era la tumba de aquella muerta. Para volver a encontrarla, cruzar el río de los Infiernos me parecía menos difícil que para Orfeo no mirar a la difunta. Semejante tarea me superaba.

«No lo conseguiré», pensé. Enseguida me avergoncé de aquella respuesta. «Tienes que conseguirlo. No conoces ni el itinerario ni el método. Al dinosaurio que quería volar le pasó lo mismo. Tómate el tiempo que necesites.»

Reunirme con la muerta que había en mí. ¿Cómo proceder? Estaba al mismo tiempo tan lejos que ya no la veía y tan cerca que no alcanzaba a verla. Me sorprendieron mirando fotos mías anteriores a aquella fatídica primavera: sentía que había cambiado, no era capaz de discernir en qué.

Como aquello no me llevaba a ninguna parte, decidí reunirme con la única otra muerta que había conocido, mi abuela paterna. La había querido con ternura, pero falleció cuando yo tenía tres años.

No obstante, intenté invocarla. Era la primera vez que me empleaba en ese arte que a partir de entonces iba a practicar: hablar con los difuntos. ¿Tal vez fue debido a mi inexperiencia? No obtuve ningún resultado.

En 1980, en Bangladés, la muerte era omnipresente. ¡Había que ser muy torpe para no lograr contactar con la diosa local!

«Quizá tenga que morirme, simplemente», pensé. Analicé la situación fríamente. Había un obstáculo: algo dentro de mí se negaba a hacerlo. No pude identificar la naturaleza de aquel bloqueo. Hoy sé que se trataba del instinto de supervivencia. En aquella época, no sabía que existiera.

El destino psicopompo no obligaba a morirse. Había que acercarse a la parca. En un descampado de Daca asistí a una escena impactante: unos buitres posados en el suelo, a la espera. Me bajé de la bicicleta y me acerqué. Los carroñeros estaban agrupados alrededor del cadáver de un perro. El líder llegó y se llevó su parte, que fue a degustar un poco más lejos. Inmediatamente los otros pájaros se abalanzaron sobre el cuerpo y rebañaron toda su carne y sus órganos en un tiempo récord. Contemplé el esqueleto del cánido. ¿Cuántos meses necesitaría yo para deshuesarme? ¿De verdad era ese el objetivo? Los dinosaurios tardaron varios millones de años en aligerar su esqueleto. Intuí que tenía la edad idónea para aligerar el mío.

Bastaba con dejar de comer. Dejé de alimentarme. Me costó lo mío. Las primeras semanas, el hambre me obsesionaba. En la biblioteca de mis padres había una novela de Robert Merle titulada *La muerte es mi oficio*. Aquel título me impactó. Lo leí y, aunque no tenía nada que ver con mis propósitos, me resultó fascinante.

El hambre se me apagó en la boca del estómago. Lo viví como una victoria. En Bangladés, no comer formaba parte de lo ordinario. Tener qué comer y ni siquiera probarlo ya era algo más raro.

Cada noche, en la cama, constataba que mi osamenta iba ganando en visibilidad: cada vez lo notaba más. Hablaba con ella: «Tú eres la muerta. Cuéntame la muerte». Ella no respondía. Yo tenía fe. La terminaría oyendo.

Por extraño que pueda parecer, aquella anorexia me salvó. Esos

dos años sin comer fueron el comienzo desde cero que tanto necesitaba. Mi victoria sobre el hambre dio carta de naturaleza a otra persona en mí.

Habían transcurrido nueve meses entre el trauma y la anorexia. Aquellos nueve meses fueron una prueba inefable durante la cual reflexioné sobre cada segundo de mi degradación. Comparado con aquel tormento, dejar de alimentarme resultaba anecdótico. Es verdad que mi salud se vio gravemente comprometida. No se puede hacer tortilla sin romper unos cuantos huevos.

Antes de aquella violentada pubertad, yo había sido ovoide. Las pocas fotos de la delgadez extrema muestran a un pajarito desplumado con unos ojos enormes. La transición entre aquellos dos estados fue atroz. Superada la metamorfosis, el sufrimiento se desvaneció. Ya no tenía con qué sentirla, ni con qué experimentar ninguna otra emoción.

Hasta entonces, dejar un país por otro siempre había supuesto una herida. Esta vez la mudanza de Bangladés a Birmania apenas me afectó. Dos países radicalmente distintos cuyo único punto en común me interpelaba: se comía muy poco. Sin embargo, el hambre era menos espectacular en Birmania que en Bangladés, por una razón muy simple: la población del país era mucho más pequeña.

«Si no hay hombres, no hay problemas», decía Stalin, que sabía de lo que hablaba. En Birmania la muerte tenía menos individuos a su alcance. Eso no le impedía obtener buenos resultados, pero más por motivos políticos. Me resulta difícil dar testimonio de ello, apenas si estaba allí.

Mi enemigo interior se burlaba de mí:

–Te has quedado como una raspa. Ahora sí que vas a ser incapaz de volar.

–Solo es una etapa del proceso –respondía, flemática.

Era consciente de mi derrota. Jamás podría pasar al estado siguiente, ya que me iba a morir. Para dar la impresión de que estaba haciendo algo, me puse a retraducir *La Ilíada*. Aquel esfuerzo me llenaba de un ardor que me sorprendía a mí misma. Puestos a morirse, mejor hacerlo con un poco de clase.

Mi cuerpo era la carcasa de un caballo de Troya. Contenía un

auténtico enemigo cuyo poder burlesco no dejaba de asombrarme. Cuando me miraba al espejo, me decía:

–No tardará en morirse.

–¿Por qué me hablas en tercera persona?

–¿Estás segura de ser tú?

Buena pregunta. Era el reflejo de alguien a quien apenas veía y que habría sido incapaz de decir quién era.

Recuerdo un pensamiento que a los quince años me retumbaba en la cabeza: «Si alguien pudiera garantizarme que voy a salir de esta trampa, lloraría de felicidad». Salir de esta trampa consistía en vivir. Miraba los caminos y todos estaban bloqueados.

Cuando no estaba traduciendo a Homero, solía apostarme junto a la ventana a observar los pájaros. Aparte de la corneja cenicienta, volaban demasiado lejos para que pudiera identificarlos. Sin embargo, reconocía a la golondrina india, a la que consideraba testigo comprensivo de mi caída. No había chotacabras orejudos, pero tal vez la oscuridad me impedía verlos.

No era infeliz. Estaba desesperada y angustiada, y vivía aquel estado como una forma de exaltación.

Laos, donde había todavía menos gente, sustituyó a Birmania. De seguir así las cosas, un día acabaríamos llegando al país de la nada. Yo ya estaba allí: mi caballo de Troya inspiraba desconfianza. Lo miraban con interrogantes en los ojos. «¿Qué habrá en su interior?» Me habría gustado responder que no había nada. No era del todo exacto. Quedaba una pequeña luz que ardía sin combustible.

En Vientián estaba prohibida la música, con excepción del himno nacional, que unos altavoces difundían desde el amanecer hasta la puesta de sol. La melodía era de una indigencia absoluta, pero, igual que todo el mundo, yo la escuchaba extasiada. En el mal viaje en el que, por imprudencia, me había embarcado, era la única señal del paso del tiempo.

Al otro lado del Mekong estaba Tailandia. Cuando el viento soplaba en dirección a Laos se oían fragmentos de la estridencia local. Era fantasmagórico, un país en el que sonaba música de la mañana a la noche.

El Mekong era la Estigia. Vientián quedaba en el lado de los infiernos. Mi voz interior decía con un chirrido:

–Eres un psicopompo frustrado. Cruzar el río es inimaginable. Morirás en el intento.

Solo los pájaros cruzaban el Mekong, y únicamente los capaces de volar largas distancias. La anchura del río era inaudita.

Una amiga venía a visitarme a mi habitación. Se llamaba Viengkéo y tenía treinta años, lo cual no me molestaba, puesto que yo carecía de edad. Me decía que le gustaba por mis cejas: le parecían hermosas. Que alguien pudiera ver belleza en mí me subyugaba.

Viengkéo significa «esmeralda». Siempre iba vestida de verde. Me hablaba con dulzura de todo y de nada. Le estoy infinitamente agradecida.

Una noche supe que la muerte me rondaba. Se anunció con un frío inimaginable. El termómetro marcaba una temperatura de treinta grados, de modo que tenía que ser la parca.

Se produjo un fenómeno alucinante. Mi cuerpo abandonó mi alma. El caballo de Troya escupió lo poco que contenía y se fue a comer. Mi alma –los griegos– asistió a aquel espectáculo con gritos de

indignación. Los griegos declararon que ese no era el plan, que no nos habíamos esforzado tanto para eso. El caballo encajaba la tunda y se alimentaba de ella.

Aquello fue el comienzo de otra larga enfermedad. El caballo de madera no digería nada. Tuvimos que volver a aprender a asimilar los alimentos, lo que supuso una cantidad infinita de tiempo y un sufrimiento insoportable. Los griegos aullaban de rabia, pero no se daban cuenta del milagro: nadie había muerto. Es más: el caballo de Troya había realizado una obra órfica. Había inventado un método tan asombroso como eficaz para, apostando por el futuro, garantizar una forma de supervivencia. Un día, el alma se calmaría y regresaría. Mientras permaneciera fuera de su carcasa, no merecía llamarse de otro modo: los griegos.

Menuda ralea. Virgilio me había advertido que no me fiara de ellos. Con valentía, el caballo de Troya se abrió paso por el camino, rechazando los regalos de los griegos, enterado como estaba de su toxicidad.

Me pasmaba que algunas personas aspirasen a la pureza de espíritu. Llevaba dos vidas distintas, la de mi cuerpo y la de mi alma. La vida de mi cuerpo no era nada del otro mundo, pero evolucionaba valerosamente hacia una lenta recuperación. La vida de mi alma era un continuo rechinar de dientes e imprecaciones: desprecio griego por el oficio de vivir.

Para quien está destinado a ser un pájaro, es difícil ser un caballo de Troya. *La Ilíada* me habría ahorrado tiempo si hubiera imaginado un pájaro de madera en lugar de un jamelgo. Además, ambas especies no son del todo ajenas entre sí. La mitología propone a Pegaso como el eslabón perdido.

Anduve a tientas. Cuando llegué a Bruselas, a los diecisiete años, empecé a escribir, sin ningún propósito. Acababa de leer a Rilke, que me mostró un camino, si no a mi alcance, al menos autorizado. Un caballo de Troya que escribe: aquello no iba a ninguna parte. Era tan

difícil que me habría gustado ser un percherón troyano para tirar de ese arado que pesaba como el plomo. El milagro fue que no me rindiera.

Aquellos años de juventud fueron espantosos. En la universidad, mis intentos de encajar no me valieron más que sarcasmos. Los otros estudiantes debían de intuir que algo iba mal. La soledad me exponía a la hostilidad constante de los griegos. Enfrentarme cada día y cada noche a la malicia de tantas autoridades dejó su huella en mí.

Me mantuve firme. Mi instinto me llevó a regresar al Japón de mi infancia, convencida de que allí me esperaba la salvación.

Una vez terminados mis estudios, regresé al país del Sol Naciente. Tenía veintiún años. El caballo de Troya se encontraba en mal estado. Tokio no era Shukugawa, y sin embargo mi intuición estaba en lo cierto: al cabo de unas semanas, sentí que los griegos perdían su virulencia e intentaban un acercamiento.

Me puse a escribir con mucho más ahínco. Ya no se trataba de cavar un surco en la tierra, sino de intentar arañar el cielo, a la manera de esas avionetas que dejan mensajes a su paso. Cuanto más practicaba esta gimnasia, más volvían los griegos al interior del caballo de Troya.

Una noche de primavera me desperté hacia las dos. Lo que me había despertado del sueño era un milagro: tenía las piernas calientes. No había tenido las piernas calientes desde los doce años. Fuera cual fuese la temperatura, llevaba casi diez años arrastrándome sobre dos zancos helados.

La sensación llegó a ser tan sublime que me puse a llorar de alegría. Sentada en la cama, no podía dejar de acariciarme las piernas, ardientes hasta la punta de los dedos de los pies. Más allá del placer, comprendí el significado de aquel fenómeno: de nuevo mi alma entera residía en mi cuerpo. Ya no eran los griegos y el caballo de Troya. Por fin Eurídice había aceptado la estratagema de Orfeo y le demostraba su gratitud.

Los planetas se alinearon de inmediato. Redescubrí esa gracia inigualable llamada salud. Esa palabra designa un cuerpo y un alma

bien avenidos. Una enorme energía se apoderó de mí y contagió las distintas facetas de mi existencia, empezando por la escritura.

Aquel ejercicio sí era digno de un psicopompo. Yo era la Penélope de mi propia resurrección; tenía que reiniciar el proceso cada mañana, pero comprendí que, como cualquier dificultad digna de ese nombre, se trataba de un favor.

La palingenesia se convirtió en una higiene cotidiana y llegó para quedarse. Diez años de supervivencia dejaban secuelas. Entre otras, las siguientes: la recurrencia matinal del miedo a no encontrar la salud. Los milagros nunca pueden darse por sentados. Hay que superar incansablemente etapas idénticas, con el mismo terror fundado: así de grande es el peligro de olvidar la técnica del vuelo. Con cada amanecer, me lanzo al vacío con la loca esperanza de no haber desaprendido.

Los milagros son casi siempre de doble filo: Lázaro olía mal, el ciego curado podía constatar la fealdad de las cosas. Por lo que a mí respecta, enseguida supe que había que pagar un precio: la angustia permanente de volver a caer en el abismo.

De ahí la constante necesidad de picar piedra. De picotearla sin descanso: me había convertido en pájaro. ¿Pero en cuál? Demasiados pájaros. El chotacabras orejudo seguía siendo mi tótem privado, pero también contenía el cormorán, la gaviota, el colorín, el busardo y tantos otros. Para ser exactos, ellos me contenían a mí.

A partir de ahora, escribir sería volar. No estoy insinuando que leerme constituya un ejercicio de altura, sé que cuando alcanzo mi escritura, vuelo. Mi sueño adquirió sentido. Sí, había descubierto la gimnasia que me permitía despegar: todo consistía en colocarse de un modo particular en el interior de uno mismo, encontrar el ángulo adecuado y la distancia justa y, entonces, precipitarse.

Precipitarse en el sentido literal: lanzarse con la cabeza por delante al precipicio. Ver cómo el suelo se acerca y batir las alas, no por fantasía sino con el objetivo de no estrellarse.

En *La dificultad de ser*, Cocteau define lo que denomina la línea del escritor: el arte preciso con el cual, en la cuerda floja de la escritura, se corrige en el momento de caer. El estilo es exactamente

eso: el conjunto de técnicas que cada autor desarrolla para evitar que su frase se desmorone.

También es la razón por la cual no creo en las tachaduras. En mi caso, caer equivale a morir. Aunque a veces puede que tache algo, es bajo el efecto de un falso aleteo, siempre he podido agarrarme a una rama de paso. Si me caigo, significa que el manuscrito es fallido. La resurrección llegará en un manuscrito ulterior, no en ese que ha provocado mi caída.

Cuando Rilke dice que la escritura debe ser una cuestión de vida o muerte, yo no lo interpreto como metáfora.

Convertirse en psicopompo en Japón no era moco de pavo. El sol nipón vibra con una fuerza alucinante. Era el país donde yo había descubierto a los pájaros bajo la forma de la grulla. Me habría gustado ser una de ellas, pero la grulla es una bailarina.

En *El pabellón de oro*, Mishima evoca la efigie del fénix, que se alza en lo alto del templo, y afirma que ese pájaro no se mueve a través del espacio sino a través del tiempo: he aquí un objetivo sublime. Nadie sabe si lo alcanza.

Ya que no era ni grulla ni fénix, intenté ser ruiseñor japonés. No es casualidad que quien ha descubierto el vuelo se convierta también en primer cantante. Volar inspira tal éxtasis que la alegría de cantar se impone.

Mi canto sería la escritura. Al igual que la alondra, cantaría en pleno vuelo. Para ser más exactos, mi vuelo sería mi música. Tenue melodía, puede que solo audible para mí, y sin embargo música de supervivencia.

La inmensa mayoría de los pueblos han identificado el pájaro con el psicopompo. Parece evidente: ¿quién mejor que un ser volador para llevar a cabo el más radical de los viajes? Y cuando señalamos un psicopompo humano, es Orfeo, el poeta, el que canta (otro de los atributos del pájaro).

El ruiseñor japonés es un pájaro suntuoso. Vestido con un kimono multicolor, canta como una diva. Huelga decir que nunca logré parecerme. Yo, por la negrura de mi plumaje y también por el lado experimental de mi canto, soy más bien como un mirlo. El mirlo: artista singular capaz de lo mejor y de lo peor. Lo que me gusta de él es que nunca está satisfecho y nunca se fija ningún límite. Se inspira en todo lo que oye: desde el ruido de un martillo neumático hasta Beethoven.

El privilegio del pájaro radica en que sabe hasta qué punto resulta difícil volar. Lo sabe mejor que nadie porque ha tenido que aprenderlo y porque ha visto morir a polluelos en el intento (hermanos o hijos). Nunca lo olvida. Esta consciencia lo convierte, más que cualquier técnica, en un elegido. Cuando vemos volar un pájaro –sobre todo ciertos ejemplares–, percibimos su éxtasis, su asombro y su alegría. Nunca parecen dar su vuelo por sentado ni pensar que resulte de lo más natural, que no haya motivos para disfrutarlo.

No toma a otros por testigos, solo a sí mismo. Mirad cómo despega, sentid lo que siente: «¡Lo estoy logrando!». Mirad cómo se entrega al cielo, cómo disfruta del espacio: «¡Estoy volando! ¡Estoy volando!». Mirad cómo aterriza: «Aterrizo sin que el suelo ceda». El pájaro es el genio del instante presente.

Yo deseaba vivir en el presente, igual que el pájaro. Tomé prestada su estrategia: emprender cotidianamente lo que parece tan improbable como imposible. Varias horas al día, me obligaba a ir más allá de mis fuerzas, a alcanzar esa velocidad en la que la escritura se evade de todo anclaje y se despliega y renueva a cada segundo el milagro que le permite obtener un instante suplementario. Quien vive un peligro tan permanente conoce el presente absoluto.

Al que lucha sin cesar contra las leyes de la gravedad le resulta imposible proyectarse, ni hacia el pasado ni hacia el futuro, y por futuro entiendo el próximo segundo. La cantidad de parámetros a tener en cuenta supera la imaginación: el roce del aire, las corrientes imprevistas, el gesto justo, ni demasiado ampuloso ni demasiado sincopado, la distancia correcta respecto a lo real, que, más que nunca, se corresponde con la definición de Lacan: aquello contra lo cual nos estrellamos.

El principio esencial es el ritmo. Perder un compás equivale a perder el compás. Un aleteo torpe que se sale del tempo no tiene ninguna incidencia: perder el ritmo, aunque solo sea por un instante, puede ser irreparable. ¿No es asombroso que el tiempo esté en el corazón de los dos privilegios del pájaro, el vuelo y el canto?

Me inicié en esas artes y tuve que lidiar con los abismos de los

debutantes. Del primer vuelo nace una exaltación que, en sí misma, constituye un peligro monstruoso: quien lo experimenta ya no sabe lo que está haciendo. Todos los aspirantes a escritor lo han experimentado: releer al día siguiente lo que, poseído por el éxtasis, escribiste la noche anterior y constatar que el surco del arado no guarda ninguna señal de la elevación vivida. Peor aún: que no es el surco útil de un arado, que no es nada, literalmente nada.

Quienes deducen de ello que se puede escribir sin experimentar grandeza alguna se equivocan. No hay que protegerse de esa inmensidad, sino seguirle el ritmo. Sentir la presión del Niágara y darle, si eso es lo que conviene, el tempo del *plic ploc*, del grifo que gotea. Trabajar su fuerza de contención.

Desconfiad de los que afirman: «No aspiro a gran cosa: solo a escribir». O están mintiendo o algo aún peor. Escribir es el deseo más elevado, igual que el deseo de volar. Ningún pájaro piensa: «No aspiro a gran cosa: solo a volar». Para practicar el vuelo cada día, es consciente de que se trata de algo colosal. El interés de escribir a diario está también ahí: en no olvidar jamás hasta qué punto resulta difícil.

También tuve que aprender la regla de reducir el material al mínimo. Para alzar el vuelo, el pájaro sabe todo lo que no debe llevar consigo: todo lo que pesa. ¿En qué se reconoce la escritura de un principiante? En su exceso de equipaje. No escatima nada en sus frases, y si se le cuestiona la importancia de tal o cual elemento, se rebela: «¡Ah, pero eso lo cambia todo, es necesario saberlo!».

Poder distinguir el detalle relevante del que lastra, la palabra potente de la palabra voluminosa: un arte que requiere años.

Solo escribía novelas, sin duda con el objetivo de acostumbrarme a una visión de conjunto. No lo parece, pero el vuelo de un pájaro tiene su propia coherencia. Puede que él la ignore, pero quiero pensar que su deseo no depende solo de su fantasía. Se preocupa de explorar, clasificar, cartografiar. Es un observador. Cuando está a punto de producirse un terremoto, se entera antes que los demás y deja de cantar. Quien contemple y escuche atentamente a los pájaros está advertido del estado de la realidad.

Cuando la novela obedece a su papel stendhaliano de espejo a lo

largo del camino posee esa dimensión profética, a menos que su intención ya sea visible. La intención es esa voluntad que tensa la realidad hasta el punto de darle la vuelta como a un guante. Un novelista honesto sustituye la intención por la tensión, la necesidad de poder por la curiosidad. Y eso se aprende con la experiencia: escribir teniendo más en cuenta el paisaje que el objetivo.

El artista consumado es aquel que no sacrifica las cosas vistas por el *big picture*, ni la obsesión por la observación. La justa proporción se siente en el cuerpo. Se necesitan años de vuelo para percibir este equilibrio. Paciencia, pues.

Hemos puesto el dedo en la llaga. El noventa y nueve por ciento de los principiantes rechazan la fase de aprendizaje. Publicar se considera el objetivo. Es tan absurdo como si el pájaro contemplara el vuelo como el medio para participar en una exhibición aérea. A cuántos habré escuchado decir: «Me han rechazado el manuscrito. He perdido el tiempo». Entiendo que uno pueda sentirse herido si un editor rechaza su texto. Pero concluir que ha perdido el tiempo es darle la razón.

El privilegio absoluto es escribir. No existe gracia más elevada. A veces la publicación no es más que un añadido, a menudo un menoscabo del placer inicial. Obtenerla a costa de un esfuerzo considerable, de una angustia enfermiza, de una dolorosa obsesión no cambia nada.

A la alondra no se le ocurriría estigmatizar los tormentos que le ha provocado volar. ¿Acaso su canto en pleno vuelo no es una expresión de alegría? Ningún pájaro se hace la víctima.

Me pregunto cuándo empezó la costumbre de quejarse entre los escritores. ¿Acaso Orfeo se quejaba de su dura labor? No lo creo. ¿No son los refunfuños de quien quiere estar en misa y repicando? Escribir produce una gran alegría, pero los más listos piensan que a lo mejor podrían sumarle a esta exaltación el placer de hacerse las víctimas. «¿Me envidiáis por ser escritor? ¿No os dais cuenta de que es un trabajo de perros, que te destruye la salud, etcétera?»

Pasé mucho tiempo volando sin segundas intenciones. Tenía veintidós años, acababa de descubrir la técnica de vuelo. Me levantaba cada día a las cuatro, así de fuerte era mi deseo. La

madrugada es el momento ideal. Cuando te despiertas temprano, tienes el estado de espíritu necesario. Estás sola y puedes entregarte a ese misterioso salto al vacío. Has entendido el principio: el vuelo consiste en crear una tensión y en resolverla. En cada momento. Si esa resolución no provoca placer, no es una resolución: te hundes al instante.

Michel Leiris lamentaba que la escritura no implicara un peligro comparable al del asta del toro en la tauromaquia. Se equivocaba de metáfora. La escritura implica el enorme peligro de la caída, porque se trata de un vuelo. Al definir el concepto de línea, Cocteau se acerca más: el funambulismo es una etapa del vuelo. Se trata de un equilibrio tan preciso que, a la más mínima duda, uno se cae.

Cada mañana deseaba experimentar en mi cuerpo aquel conocimiento. Entendía por qué no había podido hacerlo antes: mi alma no estaba en mi cuerpo. El motor no estaba en el avión.

Pronto comenzó mi calvario en el mundo empresarial japonés. Decidí despertarme todavía más temprano para así contar con tiempo suficiente para retozar en el cielo de Tokio antes de padecer mis horas cotidianas de humillación en la oficina. Aquella doble vida duró un año, durante el cual dormí dos horas por noche.

Aquel fracaso profesional tuvo el insigne mérito de abrirme los ojos a propósito de mi incompetencia. Sería magnífico si volar pudiera convertirse en mi actividad a tiempo completo. Seguramente sufriría rechazos editoriales, pero, como humillación, no sería peor que soportar las vejaciones de la empresa Yuminoto.

De vuelta en Bruselas, escribí el que fue mi decimoprimer manuscrito, una novela titulada *Higiene del asesino*. Intenté enviarla a varios editores parisinos. Fue aceptada por Francis Esménard para Albin Michel, que la publicó el 1 de septiembre de 1992.

Me deslumbró descubrir París. Me habían prevenido contra esa ciudad y su hostilidad no me resultaba ajena. Y, sin embargo, me

enamoré de tanta belleza. La editorial Albin Michel se convirtió en mi pajarera preferida. Revoloteaba por allí todos los días.

A través de la prensa me enteré enseguida de que nadie creía que yo fuese la autora de *Higiene del asesino*. Mi físico no cuadraba con la idea que podía tenerse de aquel individuo. Aquello me divirtió. En efecto, ¿quién iba a creer que esa novela fuera la obra de un pájaro? Tardé un tiempo en comprender que mi naturaleza aviar no tenía nada que ver con el asunto. Lo que desconcertaba era mi juventud y mi sexo. Me desinteresé de una polémica tan estúpida. No existía ningún modo de demostrar que yo había escrito aquel libro y la razón por la cual se dignaron finalmente a atribuírmelo, fue, a fin de cuentas, que ningún otro autor reclamó su paternidad. Solo yo la quería.

Mi condición de pájaro resultó ser una ventaja. Se me describía como alguien inaccesible. No lo decían con amabilidad, pero a mí me venía bien. La visión lateral me permitía ver las innumerables tentativas de intimidación con cierto desapego. La naturaleza aviar es menos frágil que la personalidad humana. Anidé sin demasiados problemas.

La verdadera dificultad consistía en asumir el papel de psicopompo. No resultó fácil. La muerte, siempre diligente, me rondaba como nos ronda a todos. No quiere decir esto que tuviera yo necesariamente los reflejos *ad hoc*. Cuando alguien estiraba la pata, me daba por volar hacia otra parte, que es lo que la vida suele sugerirnos.

Acompañar el alma del difunto: suponiendo que uno acepte dicha misión, sigue siendo necesario saber cómo proceder. No basta con pronunciar las fórmulas al uso. Descubrí en mí una ausencia de talento psicopompo que me crispó.

Seguí escribiendo tan rápido como pude. Cada manuscrito era una migración desconocida: no sabía adónde me dirigía, iba descubriendo la ruta por el camino. Cuanto más escribía, más tenía la impresión de estar confeccionando un gigantesco mapa del universo aviar. Me dejaba llevar por uno u otro viento para descubrir las corrientes. Se trataba de no dejarse atrapar por consideraciones absurdas como el significado, el mensaje o el símbolo. Si acaso un día esas trayectorias revelaban tener significado, yo no debía pretender verlo aún. Quizá no me estaba reservado ver el geoglifo que iba creando. Y si no había geoglifo, tampoco importaba.

Elegir el muy largo plazo también significa no preocuparse por los juicios inmediatos. Mis novelas salían cada año y eran bien recibidas. No faltaron las demoliciones, prueba de esta acogida: no pasaba desapercibida. Viví lo bueno y lo malo con filosofía.

Perdí a alguien a quien quería locamente. Fue la primera muerte que me marcó. Tenía veintiocho años y la única forma de sobrellevarlo era sentirme morir. ¿No era acaso una actitud psicopompa? Pero en el dolor que me atormentaba, oí la voz amada. No era un estrépito ni una certeza, sino un efluvio al que decidí prestar atención. Reconocí su timbre y su lenguaje. Respondí. Comenzó un diálogo. No era una compañía, pero sí un acompañamiento. ¿Quién acompañaba a quién? Que no pudiera distinguirlo me pareció una buena señal.

Cada cual interpreta estos fenómenos a su manera. Lo que me sorprendió a mí fue la certeza de quienes lo consideraban autosugestión. No era más que una hipótesis entre otras muchas. ¿Cómo podía alguien pretender tener la verdad en un asunto como ese? Sin duda, la autosugestión dependía de lo satisfecha que estuvieras de ti misma. Yo sabía que nunca habría podido hallar en

mi interior con qué susurrarme las frases del difunto. A quienes las atribuían a mi memoria o a mi imaginación, les habría respondido que había que tener poco aprecio por el otro para suponer que su complejidad y la sutileza de sus palabras podían sustituirse tan fácilmente por semejantes artefactos. Además, no era una cuestión de sustitución, ni siquiera de consuelo. Era solo la primera manifestación de lo que no dejaría de constatar en adelante: entre la vida y la muerte, la brecha no es insalvable en absoluto.

Aquello no arrojó más luz sobre la muerte. El psicopompo no es una misión epistemológica. Si es metafísica, es metafísica por defecto. El psicopompo no es sino la afirmación de una ignorancia infinita. La plasticidad de la ignorancia es lo contrario de un dogma. La pompa, en psicopompo, induce una propulsión. El psicopompo es aquel para quien la muerte no es el cese del movimiento. Igual que a los vivos, a los muertos aún les queda mucho camino por recorrer. Sería pretencioso confundir al psicopompo con un guía, pero no resulta descabellado ver en él la presencia amiga que acompaña los primeros pasos del difunto en su largo viaje.

Si tantas culturas han pensado en el pájaro para interpretar este papel es porque domina el arte de estar presente sin estorbar. El vuelo de un pájaro constituye una sutil epifanía. Ni ladra ni come de tu mano. Los navegantes de antaño vigilaban ávidamente la aparición del primer pájaro como señal del éxito de una travesía. El psicopompo es lo mismo.

Mi acompañamiento consistía en escribir. Tenía una prueba concreta de mi vínculo con la muerte: cuando escribía mis manuscritos, incluso en periodo de canícula, mi temperatura caía de forma espectacular. El mismo frío abisal que, siendo adolescente, casi se me había llevado por delante. Hoy sigue siendo así, en el mismo instante en el que escribo estas líneas.

El frío es un elemento todavía más misterioso que el calor, por más que ambos sean relativos e infinitos. Existe, sin embargo, un cero absoluto. No existe un punto equivalente en el calor. Ese cero absoluto (−273 ºC) corresponde al cese de toda forma de agitación celular. Ni siquiera la muerte llega tan lejos. El frío es más potente que la muerte.

Dado que he experimentado ambos muchas veces, puedo ver hasta qué punto el ser depende de los dos. La canícula todo lo satura: también la vitalidad. La saturación no es buen funcionamiento, provoca un asco nauseabundo, una sensación de para qué, una fatiga física y mental del orden de la postración. En el exceso de frío, en cambio, descubrimos la profundidad de nuestra miseria. Reducidos a nuestra mínima expresión, nos concentramos en lo esencial y nos convertimos en un puro bloque de pobreza.

Es posible morir de calor. No me he acercado a esta muerte, por lo menos de momento. Pero sí estuve a punto de morir de frío. Puede que esa inminencia frustrada explique mis afinidades con el frío. Lo detesto porque nos parecemos. He conservado algunos de sus rasgos, y los combato. Cuando Kafka dice que la literatura sirve para romper el hielo que nos congela, siento que me habla. Yo también escribo para que el hielo no se solidifique dentro de mí. Paradoja absoluta, ya que escribir me sumerge en un frío que no se puede definir con palabras. Reconstituyo unas condiciones de extrema hostilidad para resolver un enigma. Todo sucede como si quisiera saber hasta dónde puedo escoltar a la muerte.

Cuando las temperaturas se vuelven demasiado negativas, algunos pájaros emiten un canto de una belleza desgarradora. No existe una explicación biológica para semejante maravilla. La única que han dado los ornitólogos es la siguiente: la revelación de la belleza disminuye la angustia provocada por el frío. En caso de canícula, basta con aguzar el oído: no canta ningún pájaro. Ahora bien, morirse de calor produce estrés. Parece que ninguna emoción estética se deleita con la ansiedad canicular (o por lo menos ninguna especie ha dado con ella todavía).

El psicopompo opera en el bando del frío, ya que, aun cuando este sea más potente que la muerte, se sitúan ambos en un hemisferio idéntico. Orfeo, el primer humano catalogado como psicopompo,

creaba cantos poéticos que le permitían acceder a los infiernos. A mi manera, yo experimento con la criogenia.

Como psicopompo principiante, actuaba de un modo intuitivo, al revés que en el juego del escondite: «Caliente» o «caliente caliente» significaba «te estás equivocando». «Frío»: continúa, vas en la buena dirección. Escribía con un termómetro interior.

Publicados o inéditos, mis manuscritos incorporan cada vez más la muerte. Cada uno de mis textos inventa su propia manera de hablar solo de eso. No he escondido mi larga premeditación ligada a *Sed*, que es un texto psicopompo: acompañar lo más cercanamente posible a aquel cuya muerte constituía el destino supremo, escoltarlo en el momento preciso de su muerte y después. Jesús también pudo haber necesitado un psicopompo. Seguramente, convertirme en el psicopompo de Cristo haya sido mi proyecto más ambicioso.

Retrasé aquella empresa todo lo que pude, consciente de la desproporción entre mi persona y el tema. Escribirlo se reveló abrumador. Tuve que descender hasta zonas muy peligrosas. El verbo *descender* se impone por constatación: tenía la sensación física de una lenta inmersión en los abismos interiores. En el fondo del precipicio, me volví a encontrar con la sombra del muerto por excelencia, que identifiqué con Jesús. El anacronismo no planteó ningún problema. Morir también significa salir del tiempo.

La auténtica dificultad consistía en ocupar mi propio lugar y mantenerme en él: el psicopompo no se funde con la persona a la que acompaña, se mantiene lo más cerca posible sin pretender abolir el abismo que separa a un individuo de otro. Para este papel, el pájaro, presencia fraternal y púdica al mismo tiempo, resulta perfecto. Tuve que aprender la forma aviar de amar: la epifanía sin exceso, la mirada lateral. El paroxismo del amor es posarse sobre el hombro del otro.

Escribir sobre esta singular proximidad me embriagó. Rilke tenía razón, la vida siempre elige el camino más arduo. El ejercicio psicopompo me hizo sentir más viva que nunca. Más allá de este regocijo, necesitaba interrogar a Cristo en el momento crucial de su existencia. Pregunté y obtuve respuestas.

Mis miedos eran múltiples y fundados: me arriesgaba a importunar

a un muerto al que respetaba, me arriesgaba a perder la razón, me arriesgaba sobre todo a no conseguirlo. Igual que el pájaro que intenta volar, sabía que no tendría una segunda oportunidad. Si me caía, no podría alzar el vuelo nunca más. No exagero si digo que escribí aquel texto poseída por un terror sagrado. No padecía yo el suplicio, pero mi escritura estaba tan cerca de él que cada mañana al despertarme me decía: «Es hora de subir a la cruz».

Los cuatro meses que duró aquella experiencia me desangraron de tal manera que creí que ahí se acababa la cosa. ¿Qué se puede escribir después de *Sed*? Todo lo que pudiera venir a partir de entonces parecía ridículo. Me equivocaba. La hemorragia provocó una llamada que fortaleció mi sangre. En cuanto hube dado a luz, volví a escribir, y toda ayuda es poca a la hora de recuperar la salud.

¿Iba a publicar *Sed*? Compartirlo me pareció mucho menos grave que haberlo escrito. Lo releí y me pareció conforme con la música que había escuchado. Se publicó y provocó las cóleras previstas de ambos bandos. Sin embargo, también suscitó algunas reacciones magníficas.

Se lo llevé a mi padre, el primer ser que me habló de Jesús. Lo leyó y le gustó. Su lectura significó para mí más que ninguna otra. No sabía hasta qué punto mi alegría estaba justificada. Unos meses después, mi padre murió. Era el principio de la pandemia, así que no pude asistir a su funeral. Confinada en París, a solas con mi dolor, enseguida percibí que se estaba produciendo un fenómeno singular.

No le había confiado a nadie el carácter psicopompo de la escritura de *Sed* y de mi escritura en general. Sin embargo, cabe suponer que mi padre la había comprendido, ya que empezó a hablarme sin parar. No se parecía en nada al débil murmullo de mi primer difunto. Era, reconocible entre todas, la voz de mi padre.

Aquel hombre modesto me hablaba como nunca me había hablado en vida. A corazón abierto, me hacía comentarios de padre ideal. Había sido un buen padre, pero siempre en guardia, como frenado por un pudor fundamental. Eso había desaparecido. Ahora me hablaba con aplomo.

Pasaron los meses. La voz paterna no se agotaba. Para mí supuso un profundo consuelo que así fuera. En verano, por fin pude viajar a

Bélgica para visitar su tumba. Tuve el impulso de tenderme boca abajo sobre aquella lápida, y sentí de inmediato que el alma de mi padre me estrechaba como no se habría atrevido a hacerlo en vida, sin que por ello cupiera duda alguna sobre su identidad. Lloré de felicidad.

Al llegar el otoño, la voz de mi padre siguió. Empecé a preguntarme si era buena señal, ese muerto que tantas cosas tenía que decirle a su hija. Es verdad que me conmovía. Más allá de la emoción, evaluaba la naturaleza de la llamada. Con el paso del tiempo, la evidencia salta a la vista. En aquella época, en cambio, no era tan obvio. Mi padre me había identificado como psicopompo y deseaba vivir aquella experiencia conmigo. «Si lo hice por Jesús, puedo hacerlo por Patrick Nothomb», pensé.

Comencé la escritura con su primer encuentro con la muerte, antes de mi nacimiento. Convertirme en el psicopompo de mi padre resultó ser tremendamente estimulante. No se trataba de escribir bajo su dictado. Escuchaba lo que él me decía, pero me sentía impelida a modular la música de su voz. Estaba editando la partitura de su eternidad. En vida, mi padre había escrito dos libros autobiográficos. Prodigiosos testimonios, literariamente flojos, ya que no omitía ni un solo detalle. A mí me correspondía poner orden en aquella herencia para conservar solo la sustancia.

¿Quién necesitaba a quién? En el caso de Jesús, yo era la única necesitada. En el caso de mi padre, milagro del equilibrio perfecto: necesitaba que él me hablara y él necesitaba que yo le hablase. Cuando aún vivía, le encantaba que hablara de él. Desde su muerte, quería que lo transformara en una lengua viva. Sentí que podía sentar las bases de ese Patrick Nothomb con facilidad, dilucidar su léxico y aclarar su sintaxis. Él no habría sido capaz de hacerlo: no tenía ninguna consciencia de la especificidad de su idiolecto.

Había tenido una hermosa relación, como suele decirse, con mi padre, pero en realidad, desde su muerte, había sido infinitamente más profunda que una simple relación. Era, por la gracia de esta escritura psicopompa, el intercambio que todo hijo sueña tener con su padre, y viceversa: un amor sin luchas de poder, una devoción sin sacrificio, una estima sin titulación oficial.

A mi padre vivo lo había querido con cortesía, mintiéndole siempre que hiciese falta: a menudo. Ahora, quererle con cortesía ya no implicaba ninguna mentira, lo que, por mi parte, no entrañaba ninguna confesión, tan absoluta era la proximidad de aquel padre en otra época distante. Escribía, leía por encima de mi hombro, y cuando me daba la vuelta para recabar su opinión, lo veía feliz.

El amor te autoriza a decirlo todo, pero no te obliga a ello. Mi difunto padre no daba conferencias. Si descubrí tantas cosas preciosas sobre él mientras escribía *Primera sangre*, es porque la escritura, practicada en el grado que yo esperaba, es el medio más deslumbrante de elucidación. No hay duda de que la constante presencia de mi padre contribuyó a ello, pero bajo la forma de eso que denominamos *contact high*. Lo que la muerte tiene en común con un viaje es que nos saca del tiempo. La liberación de esta cárcel trae poderes consigo.

El cerebro también funciona como una radio, puede ser emisor y receptor. El alma de mi padre había conservado esa doble función. Seguía emitiendo y recibía mejor que en vida. La naturaleza de aquellas emisiones resultaba sorprendente. Él, que nunca me había hablado de George Sand, empezó a entretenerme con el tema entusiasmado. Por aquella época, Sand me era indiferente, así que no podía tratarse de un caso de autosugestión. Yo me había quedado en *La pequeña Fadette*. Me puse a leer *Historia de mi vida* y me conquistó.

Escribir la voz de mi padre fue psicopompo en primer lugar para mí: me llevó a comprender por qué había sentido una necesidad tan intensa de engendrarme. Por extraño que pueda parecer, yo conocía los hechos, pero no había captado la importancia del vínculo de causalidad. El caso es que había contado sus circunstancias en su libro *Dans Stanleyville*, que yo había leído dos veces. Es increíble cómo nos cuesta ver lo que tenemos delante de las narices. Cuando me di cuenta de que le debía la vida a la inminencia frustrada de su muerte y a la consiguiente efusión de instinto vital, me sentí abrumada como nunca.

Quiero pensar que *Primera sangre* también fue psicopompo para mi padre. Si había percibido hasta tal punto su deseo de que yo

escribiera ese libro, era porque quedaba, si no algo impronunciado, al menos un reducto de furia vital que necesitaba ser expresada.

Primera sangre es un libro de vida. De todas las cosas que he escrito, es el que más vitalidad contiene. Y no soy ni mucho menos una defensora del vitalismo. Fue la experiencia psicopompa la que llenó ese texto con esa energía tan particular: el exceso de carburante de mi padre encontró en mí a su receptora. Es tanto más singular por cuanto, en vida, él tampoco era el colmo del vitalismo. Era un héroe en el sentido profundo del término: una persona que se distingue de las demás, un ser retraído. Lo contrario de un bocazas que ocupa la primera línea del escenario.

El éxito de una muerte depende de muchos factores. No puedo afirmar que los conozca todos, pero noto cuando alguien muere bien: se trata de marcharse en el mejor momento posible, habiendo cumplido la que sabía que era su misión. Seguramente fue el caso de mi padre, que no me necesitaba para que su muerte fuera un éxito, pero me atrevo a afirmar que contribuí a convertirla en una obra maestra.

Lo que sí le faltaba era una leyenda. Una leyenda resulta más fundamental que una biografía: es una esencia verbal. La etimología nos informa, la leyenda es lo que hay que leer sobre alguien. Y si sabemos que la etimología latina de *legere*, «leer», es recolectar, la leyenda es la cosecha metafísica. Estos son los frutos de la vida de mi padre.

Principios de enero de 2021. Me encuentro en el Pont d'Oye, sentada en el despacho de mi padre. Estoy escribiendo *Primera sangre* de madrugada. Es genial estar sentada en su despacho y escribir su leyenda. Aún no ha salido el sol, la lámpara me ayuda a ver. Escribo el último interrogatorio de Gbenye, el líder de los rebeldes que, justo detrás del pelotón de ejecución, se acerca a preguntarle a mi padre si desea tener otro hijo. Réplica fabulosa y verídica de Patrick:

–Eso dependerá de usted, señor presidente.

Después de escribir esto, me quedo sin palabras y pienso: «¿Y si esa fuera la palabra que pone punto y final?».

En ese preciso momento, la lámpara se apaga. Estupefacción.

Digo en voz alta:

–Papá, tu libro se acaba aquí.

La lámpara vuelve a encenderse.

–Veo que estás de acuerdo.

Cierro el cuaderno.

Esa fue la única intervención directa de mi padre en la escritura de aquel libro. Lo menos que puede decirse es que fue significativa. El éxplicit subrayado por aquel que había vivido su propio éxplicit.

Llevé el manuscrito a mi editor, que accedió a publicarlo. A partir de ese momento, mi padre se calló. Había conseguido lo que quería. Lo conocía lo suficiente para saber que era eso lo que deseaba. En vida, cuando hablaba de él, bien, cómo no, se sentía exultante. Confiaba en mí y tenía motivos para hacerlo. Yo jamás sobrepasaría ciertos límites.

El silencio de mi padre no fue absoluto. Sus intervenciones se hicieron inusuales y anecdóticas. Ante todo, sentía que se trataba de un silencio feliz. No soy una experta en la muerte, pero la profunda calma de mi padre tras casi un año de diálogo sugiere que podría tratarse del gran reposo tantas veces evocado. Si es así, ¿cómo no alegrarnos de este sueño eterno? Quizá porque soy insomne, no puedo imaginar una hipótesis mejor.

Sin embargo, no se resuelve nada. No existe una técnica psicopompa, no existe un manual de instrucciones para la muerte de seres queridos. Podemos prepararnos para ella, siempre que no perdamos de vista que cada partida es radicalmente distinta. «El estilo es el hombre»: esto también se aplica después de la muerte.

Es imposible prever cómo se comportará una persona determinada *post mortem*. Depende sobre todo de la relación que, en vida, hayamos mantenido con ella. No podemos descartar sorpresas:

descubrir que te odia alguien que creías que te apreciaba, la revelación de un amor irénico cuando creías que se trataba de una amistad sin más, sorprenderse de tanta indiferencia cuando abundaban las pruebas de admiración.

El silencio es polisémico. Hay tantos amorosos como hostiles. Y los intercambios dependen del receptor. A recibir un mensaje se aprende. Quiero pensar que si soy buena receptora es porque he atravesado muchos desiertos. No es condición suficiente pero sí indispensable.

Hay una sencilla razón por la que no todo el mundo es candidato al puesto de psicopompo: la mayoría se niega a serlo. Mi madre estaba y sigue estando desesperada por su viudedad. ¿Cuántas veces le sugerí que iniciara un diálogo con su amado marido? Como ella afirmaba no ser capaz de hacerlo, yo quise ayudarla:

–Ven, vamos a hablar juntas con él.

Ella siempre encontraba excusas para eludir el tema. Es una actitud más habitual de lo que parece, incluso es la opción mayoritaria. Los muertos por un lado, los vivos por otro. ¿No es así como nos enseñan a vivir, en contra de nuestra más firme intuición?

Tardé mucho tiempo en tomar conciencia de mi vocación de psicopompo. No sabía que deseara hacerlo. Cuando tenía veinte años, perdí algunos amigos valiosos. Tras su muerte, no se me ocurrió escucharlos, y probablemente por eso no oí nada.

Lo esencial es el emisor. Hay difuntos que emiten y otros que no. Espero que solo dependa de su deseo y no de otros factores menos simpáticos. Repito: el silencio no es mala señal. Todos lo hemos constatado, existen silencios felices. Algunos muertos enseguida encuentran el equilibrio, por así decirlo.

A nosotros nos corresponde aguzar el oído, el único oído que funciona, el del deseo, por si el difunto tiene algo que añadir. Con mi padre estuvo más claro que el agua. A veces puede ser ambiguo. Si un muerto odiado intenta comunicarse contigo, cuelga. Tienes derecho a negarte. Si el inoportuno insiste, repite como un mantra: «No tengo nada que decirte». Se acabará cansando. Este tipo de difunto recurre casi siempre a la culpabilidad como palanca. No

caigas en su trampa. Ya lo detestabas cuando estaba vivo, así que ni se te ocurra pensar que la muerte lo ha cambiado.

Eso no contradice una verdad que cada vez veo más clara: hay gente que parece hecha para estar muerta. Lo digo sin ningún cinismo. Mi padre era un vivo excelente y, sin embargo, ¡qué muerto más sobresaliente! Admiro el talento con el que me hablaba. Sin contradecirse, sin cambiar de tono, ¡y cómo pasaba de la conversación trivial a la profundidad!

Más que por su deseo de leyenda, así es como interpreto el diálogo *post mortem* que sostuve con mi padre: en vida, su extremo pudor le había impedido manifestar sus sentimientos. Se refugiaba en las piruetas para seguir siendo una persona desenfadada. Por supuesto, sentíamos que nos quería. Nos habría gustado que nos lo dijera.

El 9 de marzo de 2020 fue la última vez que vi a mi padre vivo. Yo estaba en Bruselas y me disponía a coger el tren hacia París. En el momento de decirle adiós, algo debí de sentir, ya que, por propia iniciativa, declaré:

–Adiós, papá. Te quiero.

Y él respondió:

–Adiós, Amélie. Te quiero.

Nunca nos lo habíamos dicho.

Me marché muy conmovida y no volví a pensar en ello. Murió al cabo de ocho días.

Ninguna relación causa-efecto. Mi padre murió de un cáncer que lo corroía desde hacía mucho tiempo. El hecho es que fue su primer «te quiero», como receptor y como emisor. Nunca se lo había dicho a mi madre, a la que quería mucho. ¿Por qué no se lo dijo? No se lo pregunté, pero puedo adivinar la respuesta: porque le resultaba embarazoso decirlo. En consecuencia, mi madre, perdidamente enamorada como estaba, tampoco se lo dijo nunca a él. Me atreví a preguntarle el porqué de semejante abstención.

–Le tocaba a él decirlo primero –respondió ella.

–Por lo menos podrías habérselo pedido.

–Demasiado peligroso –declaró ella categóricamente.

Tenía el mérito de ser clara. «Demasiado peligroso.» Y tenía razón. Incluso en una pareja que llevaba cincuenta años junta, palabras así seguían siendo explosivas. Además, mi madre era una mujer de aquella época: la iniciativa le correspondía al hombre.

Al decirle «Te quiero» a mi padre, no solo le estaba enseñando lo que se siente al escucharlo, sino que también me estaba apoderando de una prerrogativa masculina. Evidentemente, él no era insensible, pues correspondió a mi declaración con tanto fervor como yo.

Nunca llegaré al fondo del asunto, pero no puedo descartar que mi «Te quiero» fuera el desencadenante de los increíbles diálogos póstumos que mantuve con mi padre. Tuvo que esperar casi ochenta y cinco años para recibir su primera declaración. ¿Y si aquello abrió una puerta en él?

Mi padre era un hombre de amor y amistad, amaba a la gente, todo el mundo puede dar fe de ello. Nunca le faltó una palabra amable. Y, sin embargo, era tan particular que decir «Te quiero» le resultaba inconcebible. No es casual su tremendo flechazo con Japón, que le correspondió con creces. Si la reencarnación no es una palabra vacía, debió de ser un shōgun: tenía su majestuosidad poderosa, su cortés crueldad, su severidad bondadosa.

Intento ponerme en su lugar. Tenía ya un pie en la tumba y resulta que su querida hija va y le dice: «Te quiero». Es evidente que eso lo conmovió. Y tal vez pensó que merecía una buena posdata. Dicho y hecho.

En resumen, me alegro de haberle dicho «Te quiero» a tiempo. Son palabras que es mejor escuchar vivo. Con todo, si no has tenido el atrevimiento o la oportunidad, díselo tú también a tus muertos. Estoy convencida de que nunca es demasiado tarde. Son palabras que tienen propiedades especiales.

Mientras hay vida, hay esperanza, dice el refrán certero. Yo, por mi parte, ampliaría su alcance. La muerte no es el límite de las transformaciones. Sería absurdo, por cuanto ella misma es una transformación. Una relación que fracasa en vida puede repararse, o al menos metamorfosearse, en la muerte. No, esto no es un beato intento de consuelo. Es una constatación. Lo repito: es mejor arreglar tus problemas con una persona viva que con una muerta; pero, si no lo has hecho, todavía tiene remedio.

En el caso de mi padre, no se trataba de problemas pendientes. Los nuestros eran insignificantes, o al menos a mí no me obsesionaban. Se trataba de vivir por fin la efusión de dos personas que, después de tantos años, se habían declarado su amor. Aviso a todos los que creen que las palabras son inútiles cuando uno se sabe amado. Sí, sabíamos que nos queríamos. Aun así, ¡qué ebriedad decirlo y escucharlo!

La existencia alterna los papeles de emisor y receptor. Lo conmovedor de aquel intercambio fue la cuasisimultaneidad de ambos papeles. Nada más pronunciar aquellas poderosas palabras, me vi correspondida. ¿Qué es más fuerte, decirlas o escucharlas? Ese es precisamente el milagro del amor: abolir la frontera entre emisión y recepción. Fusionar a los seres hasta no saber ya quién habla y quién escucha. Tocar una mano sin poder distinguir si te pertenece a ti o a la otra persona. Espero que todo el mundo descubra esta indeterminación.

En una de sus canciones, Björk, a la que admiro de un modo superlativo, afirma que decir «Te quiero» rompe el hechizo. Es un punto de vista. Quizá sea mejor no repetirlo a cada minuto. ¡Qué desperdicio, convertir unas palabras tan mágicas en una cantinela! La misma Björk, en tantas otras canciones, dice «I love you» sin moderación. Es como el champán: es mi bebida favorita y, sin embargo, a veces no me apetece probarlo.

De mis libros, el favorito de mi padre era *Sed*. Su amor por Cristo debió de contribuir, pero imagino que también el hecho de darse cuenta de que su hija era una psicopompa. No descartemos su premeditación: «Cuando esté muerto, hablaré con Amélie. A ver qué pasa».

Ya lo hemos visto.

Lo que no hace falta decir mejora cuando lo dices: no existe manual de instrucciones. Para empezar, no se puede ni se debe jugar a ser psicopompo con cualquier fiambre. Necesitas una conexión, y que sea potente. No es obligatorio: yo me he negado a hablar con un muerto que me parecía inoportuno. Es increíble lo parecidos que son los comportamientos anteriores a la muerte y los póstumos. Tenerle miedo a un muerto es tan absurdo como tenerle miedo a un vivo: en ambos casos, basta con decir no y mantenerse firme.

Pero si aceptas que te hechicen, no hay razón para que no salga

bien. Personalmente, no se me ocurre una mejor manera de vivir juntos. Puedes amar locamente a una persona viva y necesitar una hora sin ella. Un muerto amado nunca estorba.

No quiero dármelas de experta. Tres muertos aceptados, uno rechazado, no es un *currículum mortis* muy impresionante que digamos. No es algo que se pueda anticipar: ¿cómo prejuzgar el éxito de un fallecimiento? ¿Cómo morirse bien? Estar preparado y disponible me parece un buen indicador. Por supuesto, y en la medida de lo posible, hay que evitar morir antes de tiempo. Pero si sufres un accidente y ves que la muerte es inevitable, tienes que iniciar el proceso de aceptación. Repítete a ti mismo que va a ser una experiencia extraordinaria, emocionante, y que no debes perderte ni una pizca. Abre bien los ojos y los oídos.

El contacto psicopompo se adapta a la personalidad de cada emisor y de cada receptor. A la persona fallecida le corresponde la iniciativa. Admito mi perplejidad ante los que cambian las tornas. Lo que me desconcierta no es tanto el proceso como las maneras. Los muertos son muy puntillosos con la cortesía y no les hace mucha gracia que los obliguen a reaccionar. Se les puede hablar, pero no se les puede exigir que respondan.

No te ofendas si un muerto no tiene nada que decirte. Su silencio puede ser la mejor señal. Puede que haya encontrado enseguida el lugar ideal de descanso. Además, para un muerto, expresarse requiere un esfuerzo considerable. No te contará banalidades. El contacto psicopompo sigue siendo una rareza, porque semejante gasto de energía responde a un propósito esencial. Creo que es importante dejar esto claro, ya que quienes recurren a un médium para hablar con un ser querido suelen plantear esta pregunta:

–¿Cómo va, papaíto?

Lo entiendo, pero para eso no molestéis a vuestro difunto.

El psicopompo debe estar disponible. Esto no significa que tengas que renunciar a tu vida. Puedes dedicarte a tus asuntos y decirle de

vez en cuando a la persona que se ha ido: «Si me necesitas, aquí estoy».

Otro hecho evidente: los muertos tienen el mismo carácter que los vivos. No vale aprovechar la oportunidad para saldar viejas cuentas. Si aceptas la comunicación, espera a que el difunto se haya expresado mucho antes de hacer un comentario negativo. Ya llegará el momento de decírselo.

En el curso de nuestros diálogos, recuerdo haberle dicho algo ofensivo a mi padre. Inmediatamente me envió el desagradable olor que tenía cuando estaba enfermo. El mensaje era claro. Me reí y el hedor se disipó de inmediato.

En la mayoría de los casos, la intensidad de la conversación acaba calmándose. No es motivo de tristeza.También en eso se parece a la vida. El silencio no es un rechazo, ni una ruptura. De hecho, es la prueba definitiva, tanto en la amistad como en el amor. La persona con la que puedas permanecer en silencio en armonía es la elegida.

Los muertos suelen ser más elocuentes que los vivos. Ya no se repiten. Dicen una vez lo que tengan que decir y listo. Seguid su ejemplo. La machaconería es palabra contaminada de amargura: verbo enfermo. Para curarla, hay que habitar tan plenamente el propio enunciado que la repetición se vuelva impensable.

Como yo le daba la lata a mi amiga Tatiana, editora belga, con comentarios de ese calibre, me preguntó si acaso me estaba preparando para escribir la continuación de *Los cuatro acuerdos* toltecas. Debería tomar nota.

Ahora lo único que tengo que hacer es cultivar mi pájaro interior. No es tarea fácil. No me interesa un parecido anecdótico. El pájaro no es esa bonita e ingrávida criatura que revolotea a su antojo: el pájaro es la fortaleza de los débiles que somos. San Francisco de Asís lo bordó. Lástima que Nietzsche no reconociera en el pájaro a su superhombre..., bueno, ¡a su superanimal! Incluso el colibrí más encantador es un dios puro y no una hermosa menudencia.

Cuando viajé al corazón de la selva amazónica di con un repertorio de ornitología autóctona. Hojeándolo me daba vueltas la cabeza. Era quince veces mayor que su equivalente europeo. No entendía cómo había logrado registrar tantas especies el equipo de ornitólogos, sobre todo porque, como señalaba el prefacio, muchas de ellas se les habrían escapado inevitablemente. No solo era alucinante su diversidad, sino sobre todo su aspecto. Era como si, en cada página, descubriera un nuevo tipo de guerrero, con un rostro penetrante por motivos que iban más allá de sus colores. Lo que más me llamó la atención fue la absoluta disimilitud entre el macho y la hembra en casi todos los casos. Sentí admiración por los científicos que habían sido capaces de adivinar que aquellas de allí tenían algo que ver con aquellos de allá. ¿Cómo no sentirse fascinado por seres vivos tan diversos?

Una gran parte de los geoglifos amerindios representan aves. Cuando se trata de mostrar a los dioses del cielo las divinidades de nuestra tierra, la elección del ave impone respeto.

Desde que escribo aplicando mi régimen actual, trabajo a un ritmo aviar. Me levanto cada vez más temprano, sin permitirme la menor excepción, y me pongo manos a la obra. Nunca verás un pájaro que no se levante al amanecer y se conceda una larga mañana. Negocio conmigo misma tan poco como un pájaro.

Mis días y mis años pasan por pequeñas y grandes migraciones. Mis ritmos son estacionales. Cuando llego a una habitación de hotel, anido.

¿Qué pájaro? Antes de que se banalizara la fotografía, la ornitología se basaba en la matanza. Los ornitólogos europeos mandaban lejos a sus hombres para que trajesen ejemplares de todas las especies. Los cadáveres debían estar en buen estado, cosa que dificultaba aún más su muerte. En China, a uno de esos enviados nativos se le ocurrió pedirle ayuda a un cazador para encontrar un paseriforme especialmente raro. El chino se lo trajo desplumado. El disgusto del europeo le indicó que no buscaba a la criatura con intención de comérsela. No daba crédito.

Para asegurarse de que, tras su largo viaje en barco, los pájaros no llegaban podridos, los monteros probaron suerte con la taxidermia. A menudo tenían que disecar animales muy dañados a causa de un torpe disparo de fusil. A varios se les ocurrió la idea de inventar pájaros compuestos por diferentes especies, en función de lo deteriorados que estuvieran los originales. Hacían trueques entre ellos:

–Tengo aquí una grupa de casuario muy presentable. ¿Tienes alas adecuadas para intercambiar?

Los ornitólogos europeos se asombraron ante la llegada de unas aves de una incongruencia increíble. Pagaron generosamente a sus secuaces e invitaron a sus amigos a su gabinete de curiosidades para ver serpientes con alas de colibrí y garras de cormorán.

Fue necesario que la fotografía ocupara el lugar de la caza furtiva para poner fin a la masacre, pero también para concienciar a los coleccionistas de posibles engaños.

Si soy un pájaro, debo de ser una de esas rarezas inventadas por un cazador furtivo deshonesto: un casuario con casco, alas de lavandera blanca y garras de chotacabras. Cuando poso para un fotógrafo, mi incomodidad va acompañada de gratitud: la foto bastará para demostrar mi existencia, no será necesario disecarme.

Huelga decir que eso no me basta. La gran misión de un pájaro es profundizar en su poder psicopompo. Yo aún estoy en plena fase de bricolaje. No he dicho mi última palabra.

1 Himno nacional de Bélgica. *(N. del T.)*

2 En francés, al chotacabras orejudo –*Lyncornis macrotis*– se lo conoce como *engoulevent oreillard*: «engullevientos orejudo». El juego sigue un poco más abajo con «el aval del viento», ya que *avaler* es «tragar, deglutir». *(N. del T.)*

3 En francés, *pompier. Pompe* también es «bomba», como se verá a continuación *(N. del. T.)*

Título de la edición original:
Psychopompe
© Éditions Albin Michel
París, 2023

Ilustración: Agency Iconoclast / fotografía © Jean-Baptiste Mondino

Primera edición: marzo 2026

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
© De la traducción, Sergi Pàmies, 2026
© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A.U, 2026
Pau Claris, 172
08037 Barcelona

ISBN: 9788433950222

Conversión a formato digital: www.acatia.es

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es